





SINFONIA DE LAS TIERRAS DE ESPAÑA*

A mi esposa Paz Gutiérrez

Por Miguel de Aguilar Merlo

Narrador.—Un día Europa y Asia chocaron, se levantó la Tierra, desapareció la Antártida, las aguas inundaron el Estrecho de Gibraltar y, como un milagro, Hércules, con su gran maza rompió Gibraltar y se inundó el mar, fructificando y calentando las riberas del Mediterráneo. Había nacido España.

Y luego vendría el nombre fenicio de España. Span. Todo eran bosques, bosques que cantaban. ¿No oís la música de las ramas, que no conocen las miradas de los hombres? Era un bosque lejano; había nacido la Tierra y tan sólo faltaba un nombre para denominarla. ¡Un nombre! Los ríos gemían despeñándose entre las rocas, rumorosamente hasta el mar. Los pájaros cantaban la grandeza del Creador, el Sol —ya en aquellos tiempos— era el señor de la nación y, sin embargo, estaba oculto en el límite del mundo, acechante en la oscuridad de sus lunas llenas, fiebre salvaje de cazadores nómadas. Todo viviendo, latiendo, palpitando sin nombre. Y vendría el fenicio, con altas naves, de lejanas tierras y le pondría el nombre de Span, que significaba oculto, que significaba el límite y lo nunca hallado.

Span, Span, lo oculto; Span, Span, la música lejana, de lo que todos anhelan a lo largo de todo el mundo antiguo. Allí están esperándote los grandes y ricos mercaderes, buscando tu sol, tus tierras, tu caza, tus minas, tus minerales infinitos, tus riquezas ocultas en el seno de tus minas.

España, Span, es una mujer que se entrega con amor, tan sólo por amor, generosamente, a cambio de civilización, de cultura, de alfabeto, de escritura. España es unos ojos enormes, abiertos al mundo, a todo el mundo, que viene a ella a descubrirla y que quiere aprender todo, adquirir todos los conocimientos, estrecharse calurosamente con todos los hombres cultos de todo el mundo y sentir el calor de la cultura, que con los caracteres de un alfabeto, pueda hablar de ella y no ser la oculta, la aislada, la desconocida. Y de todos los confines del mundo conocido se partía hacia España, se buscaba a España.

Llegaban los fenicios desde Tiro y desde los montes del Líbano con ojos verdes de cedros milenarios, y llegaban los griegos de la epopeya de Troya, los hijos de

Ulises y Agamenón, desde Rodas, desde Corinto y desde Creta. Y llegaban los celtas desde Alemania a mezclarse con los íberos. Y desde todos los lados, España, la Span oculta era punto de reunión y a ella arribaba el astuto cartaginés y el belicoso romano. España daba la gloria y el descanso a todo el mundo.

Viriato.—Pero yo, Viriato, oigo una marcha guerrera que da al romano su contestación. ¿No lo oís? Son los españoles que quieren civilización y cultura, que quieren conocer todo lo grande que existe, pero sin ser esclavizados, sin depender de nadie. Oigo a los íberos y a los celtas; escucho los pasos marciales de los celtiberos que se levantan contra Roma, y veo allí, con la espada en la mano a Indibil y a Mandonio muriendo porque España no es correspondida. Y yo, Viriato, digo que España, la buscada por todos, tiene que ser correspondida y comprendida. No buscada solamente como goce, como mujer que va de mano en mano, sino como legítima esposa, que reclina la cabeza y deja escapar las lágrimas. Y si no, yo, Viriato, y todos los Viriatos que me precedieron y me seguirán, haremos de España una Numancia inmensa.

Narrador.—Sí, pero algo maravilloso ha sucedido en el mundo. Callen los guerreros. Oímos la música dulcísima de la paz. Alguien ha dicho: "Envaina la espada, que el que a hierro mate, a hierro morirá". Y esa voz, que era baja, pero profunda, que parecía débil, pero que sus resonancias cruzan toda la circunferencia del planeta, esa voz que se va extendiendo por toda la faz de la Tierra. Y ahora la nave que lleva a su portador a España no trae espadas ni legiones; no trae mercaderes ni traficantes: trae tan sólo a un apóstol de larga barba; trae un Santiago que llega a España con el amor divino para todos, con la paz y la fraternidad para todos. Y oímos caer todos los ídolos. Se oye el pavoroso choque de Moloch contra el suelo. Se oye a Júpiter y Apolo volando para el Olimpo para no regresar más. Y hasta las sagradas e imperiales púrpuras de los emperadores romanos quedan sepultadas en España, porque se ha presentado el último visitante, y el primero, el visitante de verdad y el que de verdad se quedará eternamente en España, la palabra de Cristo, el verbo de Salamanca, la sabiduría de Trento, las misiones evangélicas de América y Filipinas, la civilización de América y de África, la nueva antorcha que España ha cogido en la mano, relevo de la civilización antigua y supo llevarla con energía a un nuevo continente.

Obispo Gelmírez.—Yo soy la voz grave y profunda del obispo Gelmírez. Mi voz es como un trueno que se va rompiendo por las soledades. Mi voz es como un violonchelo. Lloro y río. Y unas veces parece un tenor, y otras un barítono y las más parece que un "bajo" está cantando las glorias de Santiago y de España. Yo, Gelmírez, soy un violonchelo que llora los llantos de España. Porque España se cubrió de un mar de túnicas blancas y de cimitarras, entre las lágrimas de don Rodrigo —el godo español— y las lágrimas de Boabdil, el español árabe. Ocho siglos de llanto y de fe, que yo quise traducir en la catedral de Santiago, en la ciudad de Santiago

de Compostela, de la cual fui su primer arzobispo, y en la ruta y camino de Santiago que yo añoré, siempre como principio y fin de mi europeísmo. Porque España es de Europa y Europa necesita de España y de su cultura y de su fe. Porque España son los astures, y los cántabros, y los vascones y también los de la marca hispánica, los primeros españoles. Como también es España el Toledo de Alfonso VII el emperador y de Alfonso X el Sabio. El toledo intelectual y filosófico; el Toledo de la astronomía y las matemáticas; el Toledo de los traductores clásicos y de los comerciantes. El Toledo posterior, capital de España, cuna de pintores. El Toledo de Carlos V y del Greco. Roma había caído derrumbada y tan sólo había dos capitales en el mundo: París y Toledo. Y también España estaba en Europa y los intelectuales españoles brillan en la corte de Carlomagno y Teodulfo, el español, obispo de la ciudad francesa de Orleáns —¡ah, cómo recuerdo en la noche de los tiempos a la doncella Juana!—, funda el español, escuelas en todas las aldeas y pide a todos sus discípulos que sean poetas. Yo, obispo Gelmírez, como el obispo Teodulfo, fui poeta. Y sigo siendo poeta. Y soñé un día en el europeísmo, y que España era Europa. Y soñé con el camino de Santiago, y a Compostela vinieron todas las naciones por Roncesvalles, por Bayona y por Jaca. Y el canto gregoriano de la fe se iba escuchando, como un gemido de violonchelo, por Santo Domingo de la Calzada, y por Covadonga se elevaba en las ojivas de la catedral de León, y se hacía profunda en Astorga y en Sobrado de los Monjes, hasta llegar a mi catedral de Compostela y oír sus campanas y hacerse famoso en el mundo el jubileo de Santiago y la fachada del Obradoiro, el Sepulcro del Apóstol y el Butafumeiro, la capilla de la Corticela y la puerta de la Azabachería.

Coro de las campanas.—Yo soy la voz de Santiago el Mayor. Yo soy las campanas que llevan sobre sus hombros los cristianos prisioneros de Almanzor. Campanas que despojan de Santiago, pero campanas que volverán sobre los hombros de los moros derrotados otra vez a Santiago.

Mi voz es la voz del gran Santiago el Mayor. Pero también tengo los dulces acentos de mi hermana entrañable, la Pilarica, con su templo del Pilar, centro de España, capital de la Hispanidad. Nuestras voces de campanas unas veces suenan dulces, como voces de niños en la basílica de la Begoña, Patrona de Bilbao, con su Virgen aparecida sobre la encina, o en Barcelona con sus fiestas de la Merced y su Nochebuena de Montserrat, con sus cantos de niños pastores. Otras veces tenemos el repiqueteo alegre de las mujeres en fiesta, como en Salamanca, con su catedral nueva y su coro de Churriguera y sus elevadas naves góticas, o con su catedral vieja, "bosque de piedra", la románica, la pétrea. O en la Costa del Sol con su misterio de Elche, y su Dama de Elche, y sus catedrales de Castellón y de Valencia, con su torre del Miguelete, que contempla el Tribunal de las Aguas y el Mediterráneo y más a lo lejos mira a las Baleares, y más a lo lejos todavía llora con llantos de mujer por sus almogávares, que no volverán. Cam-

panas de Santiago el Mayor, campanas del Pilar, campanas de España toda, que a veces suenan lúgubres, graves con quejas viriles de recios guerreros, como en la catedral de Oviedo, con reminiscencias de Fruela, con su panteón real de los reyes asturianos, los primeros reyes de España, la más flamígera, la más esbelta catedral española, o en Pamplona, con su viriles fiestas de San Fermín y su catedral iniciada hace seiscientos años por Carlos el Noble, con su claustro gótico, de los mejores de Europa.

Oíd, oír, las campanas de España cómo ríen, cantan y lloran con su repiqueteo. Oíd hablar a Andalucía la bella, con su mezquita de Córdoba, con su Alhambra de Granada, con sus procesiones de la Semana Santa de Sevilla y Málaga y con su fiesta de la Vendimia en Jerez.

Narrador.—Pero yo me imagino a la España actual como una inmensa comunidad de hombres y de palabras. El hombre de ayer, de hoy y de mañana. Porque sin la voz ruda del hombre de España, ésta no tendría sentido. Y no tendría sentido América la otra España, y no tendría sentido Cervantes y su “Quijote”, “La Celestina” del bachiller Rojas, “El Lazarillo de Tormes” y “El Buscón”; Lope de Vega con su “Fuente-Ovejuna”; los místicos San Juan de la Cruz, Raimundo Lulio y Santa Teresa; el iluminado y visionario español Cristóbal Colón, español en su alma, español en sus hechos, español en su vida y en sus hijos, español en sus virtudes y en sus defectos; el Cardenal Cisneros con su “Biblia Poliglota”; no tendría sentido, sin pensar en el hombre, ni la España unida de los Reyes Católicos ni los políticos Suárez y Vitoria, ni el Romancero Español, ni el Cid, ni el conde Fernán González y Roncesvalles.

Porque España es también el desenfado del “Don Juan” de Zorrilla y la desgarradura de “Yerma” de García Lorca. El verbo sin límites de Unamuno, de Ortega y Gasset y de Ganivet. La palabra de los gallegos Valle-Inclán y Rosalía de Castro. Las palabras, hecha pintura, de los malagueños Pablo Picasso, Moreno Carbonero y Muñoz Degraín. La pintura eterna, palabra de Dios, palabra de España, de El Greco, Goya, Velázquez, Ribera, Sorolla, los pintores catalanes todos y a su cabeza el estridente Salvador Dalí.

Y España es la palabra de sus científicos, como Averroes, como Nebrija, como Miguel Servet y su descubrimiento de la circulación sanguínea, como Ramón y Cajal —premio Nóbel de la Neurona— y Celestino Mutis y Río-Ortega y Severo Ochoa —milagro de los fenómenos de la herencia—; como Isaac Peral y Torres Quevedo y La Cierva.

Y la dulce palabra hecha música de sus compositores, como las “Cantigas” del rey Alfonso X el Sabio, las canciones de Juan del Encina y sus óperas cómicas, la música de Martín Codax y de la escolanía de Montserrat y español podría ser Ravel, nacido en el Pirineo francés, pero con sus boleros, habaneras y su “Rapsodia Española” y sus “Canciones de Don Quijote a Dulcinea”. Como Manuel de Falla, también cantor del “Quijote”, con su hispánico “Retablo de maese Pérez”. Y es España, Enrique Granados con su “Goyescas”, Isaac Albé-

niz con su “Iberia”, Conrado del Campo con su “Lava-piés”, Turina con su “Procesión del Rocío”, Jesús Guridi con sus “Diez melodías vascas” y Joaquín Rodrigo con su “Concierto de Aranjuez”.

Y si comprendemos que España es, ante todo y sobre todo, sus hombres, lo comprenderemos todo. Y comprenderemos el verde de los campos del Sur y su alegre tristeza. Y las montañas del Norte y su trabajo. Y que España tenga dos capitales. La primera Madrid, capital de un mundo de arte y de cultura, con casi un centenar de museos. La segunda Barcelona, capital de la letra y de la prensa, emperadora de editoras de libros en lengua española.

Y toda la España actual se levanta, porque son sus hijos los que se elevan. Y ahí tenemos a sus playas, llenas de turistas y de hoteles de la Costa del Sol, con sus alucinantes Cuevas de Altamira y de Nerja, todavía con la pintura y el llanto y las oraciones de los españoles de hace miles y miles de años y las maravillas del Monasterio de Piedra y del lago de Sanabria y la exhuberancia tropical de las Canarias y el milagro de las Baleares, la extremadura de la ruta de los conquistadores y la ciudad encantada de Cuenca y las fábricas todas de España y sus minas, con sus hombres de alma blanca y piel ennegrecida y sus pantanos —mares artificiales— y sus viejos encinares color de gitano, sus rascacielos de aire acondicionado y sus suburbios de inmigración. Todo es España y todo canta como España. Las fallas y la paella de Valencia. El gazpacho y el jerez de Andalucía. La sardana y los tejidos de Cataluña. El mazapán de Toledo y los toros de Guisando. Las mantecadas de Astorga y la fabulosa ría de Vigo. El campo de Gibraltar y el club de golf de Sotogrande.

Y España ya no es la Span oculta, fenicia, que todos buscan porque la desconocen. Ahora es la Span eterna, la que todos buscan porque la aman. La que todos buscan porque la necesitan: por sus playas, por su sol, pero sobre todo por sus hombres.

* Texto literario de Miguel de Aguilar, al que ha puesto música el compositor maestro Arturo Moya. Los diferentes trozos sinfónicos son: Música de «Cadencia andaluza», estribillo entre personaje y personaje. «Música de murmullo», de nacimiento de España. «Marcha guerrera de Viriato». «Música de paz». «Callen los guerreros». «Música de violonchelo». «Habla el obispo Gelmírez». «Cadencia de «Corte del Toledo Imperial». «Cantan las campanas». «Danza de las regiones de España».

TOLSTOI UNAMUNO

Joaquim
Montezuma
de
Carvalho

En octubre de 1969, visitó Angola Sergio Mikailovich Tolstoi, médico en París y uno de los diecinueve nietos de León Tolstoi. Participaba en un congreso de medicina. Pasado un año visitó los trópicos portugueses la obra máxima de su abuelo "Guerra y Paz", en una realización cinematográfica fidelísima, muy apegada al romance y, por eso mismo, tan vasta como él. Debe ser la película más exacta de todos los tiempos y también la más bella. Fue hecha con sentimiento ruso y para el mundo; pero, sobre todo, para otros sentimentales como los ibéricos. ¡Y cómo son parecidos los ibéricos a los rusos! Conviví mucho con Teixeira de Pascoaes. Fue un maestro que me hizo notar las analogías. Ahora que nos visita la obra del cine ruso, leo la biografía "Napoleón" de Pascoaes. Las analogías se repiten: "El ruso es un lobo místico... Y el español... En los dos extremos de Europa reina la misma ferocidad, en nombre de Jesús contra el anticristo el verbo revolucionario hecho héroe". En otro pasaje, donde hermana la estepa rusa con la llanura ibérica y quijotesca, las semejanzas son hermanas. "Iberia es antifrancesa y antilatina. ¿Cómo conciliar a Voltaire con San Ignacio? El habitante de la desértica llanura nunca entenderá al galo de la drúidica floresta ni al italiano del jardín". El habitante de la llanura desértica (la estepa en Rusia, la meseta en Iberia) es uno solo, aunque esté separado en el espacio y no se haya visto frente a frente. Pero se entienden como hijos de la misma geografía. Son un pueblo que ningún individualista desmembrará.

Pascoaes escribió en otro pasaje: "El general ruso (Koutousov) lo persigue (a Napoleón) sin odio, porque lo admira". Es un ente superior, con altura para ver a lo lejos, con un sólo ojo, como Aníbal. No ignoraba el significado de la obra napoleónica, ni el valor de la presencia de Napoleón en la estepa moscovita. Dejó pisadas indelebiles en la nieve; pisadas llenas de calor, niños de ideas nuevas y entre ellos dos recién nacidos: Tolstoi y Dovstoyevski.

Efectivamente, cuando ocurren los acontecimientos de "Guerra y Paz", León Tolstoi no había nacido todavía. Pasaron veinte años antes de que naciera en la mansión de Yasnaia Poliana. Pero sus antepasados sufrieron la guerra y ese dolor pasó a la cuna de Tolstoi niño.

Esta aclaración se hace necesaria, porque es tan fuerte la sensación de vida que produce el libro, tan espontáneo el relato, que nos induce a pensar que León Tolstoi es el Bernal Díaz del Castillo de la gesta rusa, de la victoria del pueblo ruso contra el invasor napoleónico y que, como el soldado de Hernán Cortés, estuvo también en el frente de batalla. Puro engaño. El arte consiste en que produjo esa sensación. Lo que produjo ese milagro fue el saber escribir y no el haber vivido esos acontecimientos en propia carne. Esa sensación de vida es fruto del arte de decir y del arte de ser hombre representativo de un pueblo.

"Guerra y Paz" es la novela de una realidad plural. Por un lado, Napoleón y sus ejércitos y aquel pensamiento del mismo Napoleón: "la responsabilidad de mis batallas no me pertenece; hay guerras porque el hom-

bre es guerrero". Por otro, sólo el pueblo ruso. Una confrontación de masas. Pero es también un análisis de decenas de personajes, tipos y caracteres. Vida individual y colectiva. Mayorías y minorías. El telescopio y el microscopio. La montaña y la flor. Dentro de tanta variedad, de tan rica fauna creadora, los conjuntos y los individuos pueden hacer que nos perdamos en la multitud. ¿Qué buscó verdaderamente Tolstoi entre tanta gente que se mueve a lo largo de su libro? La respuesta es difícil. Se dice que, en un afán antiindividualista, trató de contraponer a Napoleón y "su" obra a la voluntad del pueblo ruso. Se dirá que pretendió retratar el suicidio de la humanidad, que como describe Pascoaes en la batalla de Moscú: esa "humanidad que se hiere a sí misma, que derrama sangre y aulla de dolor, es una alegoría viva de la absurda locura destructora de una fuerza infernal, que parece irrumpir de las profundidades de la tierra, para introducirse en los hombres y transformarlos en demonios". Se dirá que pretendió revelar que el hombre se humaniza sólo a través del dolor de sus semejantes y de la visión personal de la muerte próxima. Se dirá que, por encima del éxito o del desprecio del éxito, de la furia de los deseos o de la calma búdica del alma, Tolstoi quiso afirmar moralmente que el vencerse a sí mismo... es más difícil y penoso que el derrotar a los demás. Se dirá que aquel Tolstoi rico y conde, siempre deseoso de deshacerse de lo suyo, le dio un sentido prerrevolucionario a su obra: las fronteras sociales entre los hombres son débiles, vulnerables e injustas, lo que recuerda aquel pensamiento de Antonio Machado tan lleno de sabor popular y senequista: "nadie es más que nadie, porque por mucho que valga un hombre nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre"; y son débiles porque en el pueblo ruso existe ese "sentimiento vago, exclusivamente ruso, de desprecio a lo convencional... a todo lo que la mayoría de la gente considera como la mayor felicidad del mundo" (Tolstoi, en la descripción del carácter de Pedro Bezukov). Se dirá que Tolstoi trató de patentizar el sin sentido de la guerra, cuando el conde Bezukov se encuentra ante el pelotón de fusilamiento y se da cuenta de que no hay un responsable por las muertes ("¿Quién hace esto?, pregunta. Todos sufren lo mismo que yo. Así, pues, ¿quién lo hace?". "Pedro se da cuenta de que no era nadie"). Se dirá que la gran lección de "Guerra y Paz" está en esa voluntad de creer y creer siempre en la vida, con brío y entereza, cueste lo que cueste y a pesar de todas las tormentas.

Como ya señalamos, todo lo que se diga es verdadero. Pero, ¿será el sentido significativo, el más vital y exacto de todos? No. Creo que el sentido eterno de la obra de Tolstoi se liga a sus interrogaciones ante la muerte y a sus respuestas, luego, más tarde, ante la vida. Tolstoi se autobiografió en esos dos personajes principales y complementarios, que son el príncipe André Bolkonski (activo, deseoso de hacer, egoísta, realista, casi duro, a pesar de su visión escéptica) y con el conde Pedro Bezukov (perdido en meditaciones tras

unos lentes de miope, lleno de ímpetu, de solidaridad humana, sensual para los placeres, más avergonzado, siempre cordial y bondadoso con su prójimo, sin distinción de clases, anticonvencional, amante de sacrificarse por los demás). La vida de Tolstoi fue todo esto. Ahora, quien haya penetrado a fondo en la vida del novelista ruso, dirá simultáneamente que Tolstoi fue un apasionado por la vida y la naturaleza (decía de sí mismo: "La naturaleza soy yo". "Estoy loco por la vida") y que fue un existencialista atormentado por la angustia de la muerte, por la "hora de la verdad", como se dice en la casa ibérica.

Ni todos los que aman mucho a la vida temen a la muerte, ni todos los que son sentidores de la vida son sufridores de la muerte. Amar a la vida "locamente" y angustiarse "locamente" por la muerte son los casos de Tolstoi y Unamuno, dos de los más evidentes y dramáticos. Tan extraña es la lucha, que es la muerte el personaje más común y el más utilizado en el mundo novelístico, tanto del ruso Tolstoi como del ibérico Unamuno. Tenía razón Pascoaes para confederar espiritualmente a Iberia y a Rusia. Simplemente, se le pasó desapercibida la singular intimidad y afinidad entre Unamuno (que fue su huésped en 1907, en la casa de Sao Joao de Gatao, Amarante) y León Tolstoi. He visto establecer muchos paralelos; pero nunca vi identificados a esos dos existencialistas. Lo hago ahora, como para probarle a Pascoaes, más allá de la tumba, la exactitud de su tesis: el espíritu ibérico y el ruso, tomados del brazo y caminando por la llanura (en la estepa rusa y en el erial peninsular, todo lleno de planos), amando a la vida e interrogándole a la muerte y dando una solución idéntica para la existencia.

Después, considero que el sentido dominante de "Guerra y Paz" está en aquellas escenas inolvidables del príncipe André Bolkonski, herido de muerte en el campo de Austerlitz, agarrado al estandarte y con los ojos vueltos hacia el cielo, tan ajeno al fragor de la batalla. Está simplemente en esa escena que la película rusa asimiló genialmente de la novela. El príncipe contempla el cielo y medita: "Ese cielo distante, tan alto, tan alto, cada vez más alto, eterno... ¡Ah!, si yo pudiera decir: "¡Oh, Dios, ten piedad de mí!". Pero, ¿a quién se lo he de decir? ¡Al poder indefinido, que es inaccesible y a quien ni siquiera puedo definir con palabras? ¡Al gran todo de la gran nada o será el Dios que está en este amuleto que me dio María?... Nada es cierto, a no ser la nulidad de todo lo que puedo concebir y la majestad de algo que no alcanzo a comprender". El príncipe está herido a balazos y tirado en el suelo. Interroga con su escepticismo a los cielos, al cielo. Su vuelta a la guerra como aquel caballo espumeante de rabia que pintó Picasso en "Guernica". En los cielos la tranquilidad; algunas nubes cenicientas se deslizan suavemente. "¡Qué calma, qué paz solemne! ¿Cómo no había notado antes esta profundidad sin límites?... Sí, todo es vicio, todo es decepción; todos menos este cielo infinito..." Al final, el príncipe André no muere en el campo de Austerlitz. Allí agonizó y tuvo

la "experiencia" de la muerte, en un ensayo previo que modificaría totalmente su carácter. Allí comprendió el sentido de la vida, cuando miraba a los cielos herido y lleno de dolores y recuerdos. Sólo más adelante, cerca de Natacha, confiaría su experiencia y en un momento en el que la muerte lo ronda definitivamente: "Sí, el amor, pero no el amor que conoce su fin, sus razones o su causa, sino solamente el que experimenté por primera vez cuando, muriendo, vi a mi enemigo y, a pesar de eso, lo amé". Y le confiará no sólo a Natacha, sino a toda la humanidad: "Experimenté entonces ese sentimiento que es la esencia misma de nuestra alma y que no tiene necesidad de objeto. Y ahora conozco de nuevo esa felicidad. Amar al prójimo, amar a nuestros enemigos, amarlo todo y amar a Dios en todas sus manifestaciones... Amar con un amor humano es poder pasar del amor al odio, mientras que el amor divino es inmutable. Nada, ni siquiera la muerte, nada podrá destruirlo: es la esencia misma del alma". En suma, el príncipe André Bolkonski descubre el sentido de la vida: éste es olvidar y es vivir para los demás. En la agonía, ese escéptico dirá: "No hay nada más que este cielo. Quizá ni siquiera esto exista. Acaso no existe nada, a no ser el silencio y la paz. Pero, ¡alabado sea Dios! "Un escepticismo religioso que hace recordar al cineasta Luis Buñuel: "¡Soy ateo, gracias a Dios!" Un no creer inmensamente ibérico, porque jamás se deja de alabar a Dios."

Cuando André se despide de la familia Rostov y pasea por el jardín, ya visitado por la primavera transformadora, al ver aquel roble agujerado, que antes viera transido de frío y viejo en el invierno, el príncipe ve nuevamente con claridad que el sentido de la vida es darse a los demás: "No —se dice a sí mismo—, la vida no se acaba a los treinta y un años. No basta que yo sepa lo que hay en mí. Es preciso que lo sepan todos. Es preciso que todos me conozcan, que mi vida no transcurra para mí solo y que los demás no vivan al margen de mi existencia".

Así descubrirá el príncipe André el sentido de la vida. Así, el propio Tolstoi en su bello "Credo" (que envió al Santo Sínodo, que luego lo excomulgó, en 1901) dejó bien evidenciado: "Creo que la voluntad de Dios nunca se expresó con mayor claridad que en la doctrina del hombre llamado Cristo (...); creo que la voluntad de Dios es que todo hombre ame a sus semejantes y proceda con los demás como desee que los otros procedan con él".

Nunca hubo en Iberia hombre que le hubiera interrogado tanto a la vida y a la muerte como Miguel de Unamuno. Sólo se le compara el portugués Teixeira de Pascoaes. Y si Tolstoi escribió la novela "Guerra y Paz", Unamuno le respondió con su primera novela "Paz en la Guerra", de 1897. "Este relato del más grande y más fecundo episodio nacional" y en el que "recogí la flor y el fruto de mi experiencia de niñez y de mocedad", así se refiere Unamuno a la novela de la segunda guerra carlista y cuyo bombardeo de su nativa Bilbao impresionó todavía sus ojos de niño. El título

es muy tolstoiano. Su síntesis la encontramos en estas palabras del inmortal vasco: "¡Guerra a la guerra, mas siempre guerra! No fuera de ésta, sino dentro de ella, en su seno mismo, hay que buscar la paz. ¡Paz en la guerra misma!" Pero las afinidades entre Tolstoi y Unamuno no se deben buscar en el título epidérmico de una primera novela. La interioridad analógica es de otro alcance. No es que Unamuno, a lo largo de su vida, hubiera comentado a Tolstoi y seguido su rastro luminoso. Nada de eso. Por lo que me consta, Unamuno apenas escribió un breve artículo sobre Tolstoi —"El egoísmo de Tolstoi"—, escrito en 1915 y que figura en el tomo 3º "De ésto y aquéllo" (Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1953). Un artículo enaltecedor de ese alto egoísmo que es dádiva: ("Y Tolstoi, el gran egoísta según los pequeños egoístas, pródigo de su yo, nos ha dejado su yo que es nuestro yo, es de cada uno de los que leemos sus obras, sus actos y enriquece nuestro yo, mientras que los yos de los pequeños egoístas que le motejaban su egoísmo, de los sórdidos usureros de sus personas propias, se han perdido para todos, para nosotros y para ellos mismos").

La interioridad que hermana a Unamuno con Tolstoi no la encontramos en su primera novela "Paz en la Guerra" ("esto no es una novela, es un pueblo", decía el vasco), sino, curiosamente, en su pequeña novela: "San Manuel Bueno, mártir" (Madrid, 1933), que es el penúltimo libro unamuniano. La novela estaba agotada desde hacía mucho tiempo. La prolífera "Alianza Editorial" de Madrid, hizo bien en reeditarla en su estupenda colección "El Libro de Bolsillo", 1966.

Es que la novela era casi inaccesible, a pesar de que su autor profetizó (¡y es la verdad!) que "esta novela ha de ser una de mis obras más leídas y gustadas en adelante, como una de las más características de mi producción toda novelesca". Y afirmaba Unamuno, a los sesenta y nueve años, valorizando toda su actividad pensadora a lo largo de su vida (y sólo le quedarían tres años más de vida!): "Y quien dice novelesca dice filosófica y teológica". Y así pienso yo, que tengo la conciencia de haber puesto en ella todo mi sentimiento trágico de la vida cotidiana. Nunca un personaje, ese San Manuel Bueno, fue más Unamuno, es autobiografía, autoconfesión, autorevelado de un "yo" generoso y meditativo. No es una novela, sino el testamento espiritual de Unamuno, su mensaje final a los hombres de su tiempo, a los lectores futuros, a los hombres de mañana.

El personaje, San Manuel es el párroco de una aldea, Valverde de Lucena, cuya iglesia, con su campanario, se refleja en las aguas tranquilas del lago Sanabria. Lleva una vida pura, dice misa, pasea junto al lago y toda la gente del poblado lo ama, hasta el punto de considerarlo un santo. Simplemente, nadie sabe que San Manuel no tiene fe. No cree en la vida eterna ("no hay más vida eterna que ésta... que la sueñen eterna... eterna de unos pocos años"). No cree en el diablo ("don Manuel, tan afamado curandero de endemoniados, no creía en el demonio"). Igual que Antero

de Quental, piensa que el mayor delito, el mayor pecado... ¡es haber nacido!

Los fieles de su iglesia ignoran el drama de San Manuel. Apenas Lázaro y, más tarde, su hermana Angela Carballino, tienen conocimiento de ese drama. Pero San Manuel, el párroco, no renuncia a sus órdenes. No cree, pero sustenta la fe de sus fieles. San Manuel fundió su vida con la de todos sus fieles, los habitantes de Valverde de Lucena. Su vivir es convivir con el pueblo, su prójimo. Don Manuel, el cura de aldea, no cree en el Credo, pero cree en la fe de sus hombres, cree en la fe que los anima, por eso, cree en ellos mismos. Don Manuel no revela su drama y mantiene a su aldea en un engaño; pero desengañarla, desengañar a cada uno de sus parroquianos sería pecar contra la vida. No los desengaña porque: "Yo no debo vivir solo; yo no debo morir solo. Debo vivir para mi pueblo, morir para mi pueblo. ¿Cómo voy a salvar mi alma si no salvo a mi pueblo?"

Don Manuel, aquél a quien todos consideran elegido de Dios y que no cree en la trascendencia, habla en la agonía con Lázaro, sólo se abre para él: "¿La verdad, Lázaro, es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir con ella. (...) Yo estoy para hacer vivir las almas de mis feligreses, para hacerlos felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarlos. Lo que aquí hace falta es que vivan sanamente, que vivan en unanimidad de sentido y con la verdad, con mi verdad, no vivirían. Que vivan. Y esto hace la iglesia, hacerlos vivir. ¿Religión verdadera? Todas las religiones son verdaderas, en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir y para cada pueblo la religión más verdadera es la suya, la que ha hecho. ¿Y la mía? La mía es consolarme en consolar a los demás, aunque el consuelo que les doy no sea el mío". Y más adelante: "Déjalos, pues, mientras se consuelen. Vale más que lo crean todo, aun cosas contradictorias entre sí, a no que no crean nada".

Al morir don Manuel, su pueblo lo llama en seguida santo. Será San Manuel Bueno, Mártir, porque su vida fue un drama personal que no se lo llevó a la comunidad. Amó a su prójimo a pesar de no tener fe. Del mismo modo que el príncipe André, era agnóstico. Pero también este príncipe supo ver la verdad esencial. Es lo que liga a dos genios de la humanidad, su amor por ella.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO.

LIBROS UNIVERSITARIOS

EL ESCULTOR MANUEL VILAR

Por Salvador Moreno

UNAM. 1969. 1a. Ed. \$200.00

Vilar es uno de los artistas académicos más importantes de nuestro siglo XIX. Tienen especial interés histórico sus cartas escritas en México.



DE VENTA
EN LA
REPUBLICA
Y EN:

LIBRERIA UNIVERSITARIA
"INSURGENTES"

Av. Insurgentes Sur No. 299
México 11, D. F.

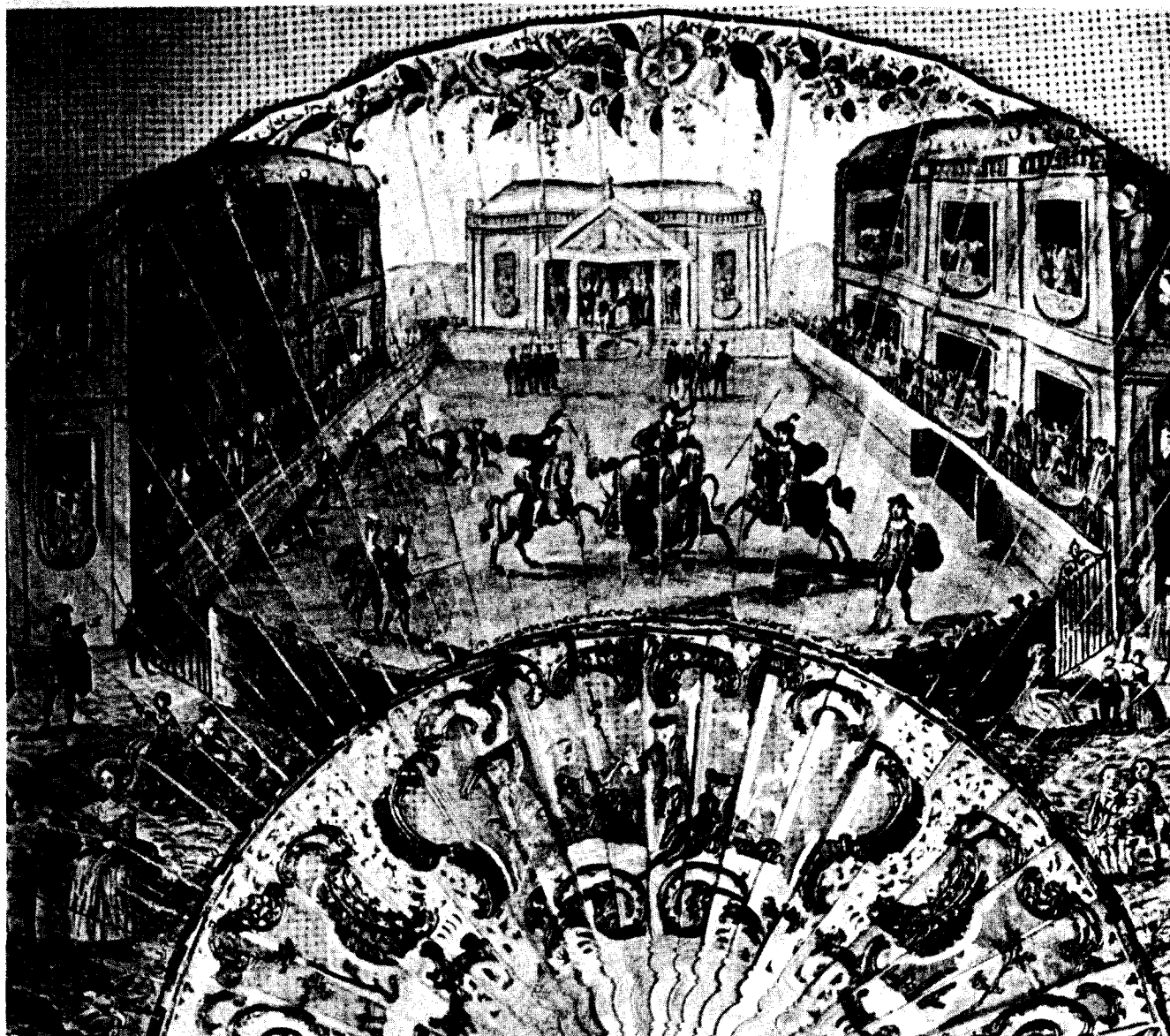
Por qué mataban toros los grandes señores en el siglo XVII (1)

Por
Américo
Castro

*A von Fredo Arias de la Canal
cordialmente,
Américo Castro*

Si la religión llenaba y englobaba la totalidad del espíritu colectivo del español, la valentía acabó por ser expresión de su valer y dignidad como individuo. Cada uno creía en lo Divino como todos y en comunión con todos; pero el uno, como tal, adquiría conciencia de serlo cierta y absolutamente al realizar una acción de denodada valentía («denodar» significaba «denotarse», hacerse notar como uno entre los indistintos muchos). El disuelto e indistinto entre la masa de creyentes, se singularizaba por su valor. Ahora bien, para prevenir cualquier intento de equiparar la situación española a otras aparentemente análogas, diré que el rasgo de valentía a que nos estamos refiriendo adquiría su plena dimensión en un contexto de circunstancias específicamente españolas. El mostrar en público ser capaz de llevar a cabo una acción temeraria e individual, se aureolaba en España de una dimensión colectivamente prestigiosa, pues hacía ver bien claro que el temerariamente valeroso poseía esa virtud por pertenecer a la casta de los cristianos viejos, y que era por tanto auténticamente noble. Se sabía, y de ello se hablaba en la literatura, que no obstante todas las probanzas de limpieza de sangre, podía darse el caso de que un caballero de una orden militar tuviera un ascendiente judío (Lope de Vega hace que un aldeano se lo diga al comendador de una orden militar en Fuenteovejuna). Según una absurda y aceptada tradición, el individuo de casta judía era per se cobarde (2). Con lo cual se hace posible captar el sentido espectacular que acabó por adquirir la intervención de los grandes señores en la lidia de toros bravos.

A comienzos del siglo XV matar toros era ocupación plebeya y mercenaria. «El 18 de marzo de 1401, Johan de Santander, 'matatoros', reconoce haber recibido del tesorero del reino [de Navarra], Johan Caritat, la suma de 10 florines por su trabajo en matar un toro en Pamplona, en presencia de Carlos el Noble» (3). Las costumbres eran muy otras en la Castilla del siglo XVII. En las Notas antes citadas del flamenco Baltasar Moretus acerca de su viaje a Madrid en 1680, se describe una fiesta de toros presidida por el rey, a la cual asistió aquel vasallo de S. M. Católica. A unos caballeros rejoneadores los toros les mataron sus caballos; para vengar tamaña afrenta, los caballeros continuaron la lidia a pie, «frente a frente» (p. 59). Pero mucho antes de aquella fecha la literatura ofrece preciosos testimonios respecto de los «lances de primor y valentía, efectos propios del ardimiento español en tantas experiencias visto» (4). El tema central de dichos «lances» era el encuentro de dos valentías: «Don Antonio Guino, apadrinado del duque de Cea, dio una de las mejores lanzadas que jamás se han visto en la plaza a un valentísimo toro... quedando el caballo con tanto sosiego, como valor su dueño» (o. c., IV, p. 841). Cossío intenta, discretamente, explicar el florecimiento del toreo aristocrático en el siglo XVI, y piensa era «un homenaje a la caballería», motivado por los libros de caballerías, «sin otra finalidad que la ejemplaridad del esfuerzo y el valor» (p. 842). A mi juicio, sin embargo, la cuestión aquí implicada es más compleja, y guarda relación con el puesto ocupado por la persona



en la sociedad española, cuya estructura y cuyo sistema de estimaciones no habían sido aún sacados a luz cuando Cossío escribía su monumental obra sobre la tauromaquia española.

Dice don Quijote a don Diego de Miranda: «Bien parece un gallardo caballero a los ojos de su rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso a un bravo toro» (II, 17). Don Quijote no alancea toros, ni nadie lo hace en la novela cervantina; es un espectáculo del cual se habla, que se refracta a través del problemático personaje. La valentía y el arrojo sirvieron de esenciales ingredientes para constituirlo, para crear una figura a contracorriente del curso de las estimaciones admitidas, un cristiano nuevo en contraste con uno viejo, opuestos y armonizados en una forma hasta ahora no hecha visible. Pero en esta nueva contextura novelística no había lugar para un caballero positivamente afirmado sobre su valentía, pues se trataba, ante todo, de lanzar una recién nacida figura literaria contra una sociedad y una literatura fundadas sobre el supuesto de ser la valentía patrimonio exclusivo de una casta, y de ser imposible dignificar en modo alguno la opuesta a ella. A don Quijote no le sirve en último término para nada el caballero enfrentado con el toro ante una masa

unánime y reverente. Por eso don Quijote después de rendir verbal homenaje a todas las empresas caballerescas en su tiempo admiradas, continúa adversativamente: «pero sobre todos estos parece mejor un caballero andante, que por los desiertos, por las soledades... andando buscando peligrosas aventuras» (II, 17). Ya lo era, y mucho, enfrentar y compaginar un denodado cristiano nuevo con un cobardísimo cristiano viejo, sin excitar la furia de una sociedad religiosamente totalizada. Tanto, que estos dos aspectos de ella, elegidos aquí para hacerla bien visible e inteligible —los autos de fe, las fiestas de toros—, acababan a veces por coincidir en un mismo vértice. El jesuita Pedro de Guzmán escribía, en 1614, que en los pueblos solían votar y celebrar fiestas de toros en obsequio y culto de los santos, porque creían «que las carnes del toro muerto en estas fiestas de santos, guardadas como reliquias, son contra calenturas y otras enfermedades, y para remedio de los nublados. Los de sus entendimientos remedie el santo por su clemencia» (5).

La figura individual, absoluta, del caballero afirmando su razón de serlo frente a una bestia feroz provocaba admiración, incitaba a otros individuos a realizarse como tales en el supremo aislamiento de su denuedo.

La proeza del caballero vencedor del toro reunía en un solo acto su principio y su fin. Sólo cabía duplicarla en la imaginada realidad de una poesía, y tal vez fuera Góngora el único poeta capaz de realizar tamaña empresa:

«AL MARQUES DE VELADA, HERIDO [EN 1623] DE UN TORO QUE MATO LUEGO A CUCHILLADAS

Con razón gloria excelsa de Velada,
te admira Europa, y tanto, que celoso,
su robador mentido pisa el coso,
piel este día, forma no alterada.

Buscó tu fresno, y extinguió tu espada
en su sangre su espíritu fogoso:
si de tu arena ya lo generoso
poca arena dejó calificada.

Lloró su muerte el Sol, y del segundo
lunado signo su esplendor vistiendo,
a la satisfacción se disponía:
cuando el monarca deste y de aquel Mundo
dejar te mandó el circo, previniendo
no acabes dos planetas en un día.» (6).

El problema era dar con la vía conducente a ser uno, denotado, denodado, con indiscutible derecho a serlo; porque al ser de la persona no se accedía plenamente creando algo que existiera y valiera por sí mismo una vez desprendido de su creador. La frase «estar dejado de la mano de Dios» valía también para lo que existía y valía «dejado de la mano de la opinión pública», todo ello sospechoso de haber sido obra de manos y mentes impuras, de gente de sangre sucia, no como la del marqués de Velada que ennoblecía cuanto tocaba. De ahí que se desconfiara incluso de los caballeros de las órdenes, si no estaban respaldados por una valentía absoluta, sobrehumana. La valentía sublimada era como el oro frente a la despreciada moneda de vellón, o en nuestro tiempo, en ciertos momentos y países, cuando el papel moneda se vuelve papel mojado. Según Góngora, la corte, en 1588, estaba llena de «hábitos, capas digo remendadas»; señores de ascendencia judaica habían logrado entrar en las órdenes militares mediante trampas y sobornos; se había hecho pasar por hidalgo a fin de no pagar «pechos», impuestos:

«casas y pechos, todo a la malicia» (7).

Según el Tesoro de Covarrubias (1611), casa a la malicia es «la edificada en forma que no se puede dividir para haber en ella dos moradores» —aparentemente de dos pisos, y en realidad de tres—, para librarse de la obligación de alojar huéspedes enviados de orden del rey. Todo, en suma giraba en torno a si se era o no hidalgo, cristiano viejo o nuevo. De esa suerte, la embestida de un toro feroz servía de piedra de toque para hacer brillar con toda evidencia el derecho de la per-

sona a ser quien pretendía ser. Quevedo compuso un soneto en honor del duque de Maqueda por no haber perdido la silla de su caballo, no obstante «los grandes corcovos, habiendo hecho buena suerte en el toro»:

«Por derribaros, de soberbia armado,
diligencias en que estrellas han perdido
la silla, el animal enfurecido
más alabanza os dio que os dio cuidado.

Poca le pareció su valentía
al toro, presunción de la ribera [del Jarama]
para desalentar vuestra osadía.

Vuestro caballo os duplicó la fiera;
mas en vos vencen arte y valentía,
juntas a la que os lleva y os espera» (8).

Entre tanto y en torno al inconmensurable absoluto de la valentía, la realidad ofrecida por la naturaleza, o creada por la mente de otros hombres no hispanos, permanecía quieta, entregada a magias (como la operada por la carne santificada del toro), o intencionalmente ignorada o desconocida. El problema planteado al enfrentarse el hombre y la fiera se resolvía con la destrucción del uno o de la otra; daba lugar a un gran gesto, tan grande como infecundo. Cabía reiterarlo como un presente que no engendra futuros, y reduce a estático quietismo al admirado y a su admirador. Para escapar a esa inercia, a la larga aniquilante, el culto de toda forma de maravilla fue combinándose con el interés por la lucha contra el obstáculo tenaz ofrecido, fuera de España, por la realidad disfrazada de apariencia, empeñada en ocultar su ser. Durante milenios la apendicitis ha estado matando gente por ser desconocido cómo era y funcionaba el cuerpo humano, o el Sol ha estado girando en torno a la Tierra, etcétera. Y aunque parezca exorbitante el salto que vamos a dar, los españoles vienen matándose unos a otros con atroz frecuencia como resultado de la estructura colectiva creada en el siglo XVI en virtud de circunstancias que muchos están interesados en desconocer, y muy pocos en develar. La historiografía de los españoles se puso en último análisis, a tono con la mentalidad de quienes creían que la carne del toro matado como ofrenda a un santo era remedio eficaz contra el granizo. Se mueve esa historiografía —en pleno siglo XX— entre los polos de la fábula y de la alucinación (y hasta hay incluso quien pretende, con engaños y ocultaciones, que España tenga «tradición occidental» y nada más)

Tras el cambio de dinastía y la guerra de Sucesión, la proeza de matar toros se aplebeyó. Con las nuevas circunstancias surgieron cimas humanas, tanto eclesiásticas como seculares, y desde ellas se hizo visible que el unanimismo de la sangre limpia había reducido España a una inculta estepa al margen de la fértil Europa. El padre Feijoo escribe en la intimidad que aquí no había más geometría que la aplicada por los sastres para cortar sus paños. En 1756 dice el conde de Peñaflorida, en su sarcástico libro *Los aldeanos críticos* (según ha subrayado Paulino Garagorri), que la física de los españoles se-

guía inspirándose en Aristóteles, un «cristiano viejo»; Galileo era un archijudío, y Descartes y Newton, herejes inaceptables. El gran matemático Jorge Juan aún tuvo que escribir que la Tierra no giraba (en Francia le hicieron observar que eso lo diría no como matemático, sino como súbdito de la Inquisición). No obstante lo cual, España dejó de ser un país de inteligencias estériles, en donde se sacrificaban toros en días santificados a fin de conjurar los pedriscos. Escribieron y hablaron el padre Isla, y Cadalso, y Jovellanos y otros muchos. Vino en fin Goya a demostrar, con sus formas de humanidad, problemáticas y geniales, que hay en España insitas posibilidades de grandeza, ocultas por ahí quién sabe dónde, aptas para saltar por encima de sus fronteras con obras que firmes e impasibles, contemplan el discurrir de los años, pues no son hueca palabrería huidiza como el viento.

(1) Del libro *De la España que aún no conocía*, en prensa en la Editorial Finisterre, Ciudad de México.

(2) Para cómo reaccionó Cervantes contra esta vulgar y arraigadísima creencia, véase *Cervantes y los casticismos*, 1967 p. 129. Hay también un indirecto ataque a la idea de ser la valentía atributo de los cristianos viejos, en el susto pasado por Sancho Panza —un archicristiano viejo— en la aventura de los batanes en contraste con el imperturbable valor de su amo —en mi opinión, un símbolo de cristiandad nueva—: «Era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo» (*Quijote*, I, 20). La historia, la vida y la expresión literaria aparecen, una vez más, unidas en un resonante acorde.

(3) Juan Reglá, en *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, t. XIV, p. 398.

(4) *Relación de la fiesta real de toros*, en 4 de mayo de 1623, apud José María de Cossío, *Los Toros*, IV, p. 838.

(5) Este texto fue ya citado por Diego Clemencín en sus notas (en 1833) al *Quijote*, II, 17. La notable obra de Pedro de Guzmán, *Bienes del honesto trabajo y daños de la ociosidad*, Madrid, 1614, ha sido mencionada por mí en otras ocasiones; dice que «en muchos reinos, no sólo de fieles, sino aun de infieles y de herejes (como los de la Rochela), tienen sus gobernadores singularísimo cuidado y atención en que en sus repúblicas no haya ociosos, como cosa en que consiste gran parte de su felicidad» (págs. 119-120). Al Padre Guzmán no le agradaban las fiestas de toros. Nada dijo sobre los autos de fe.

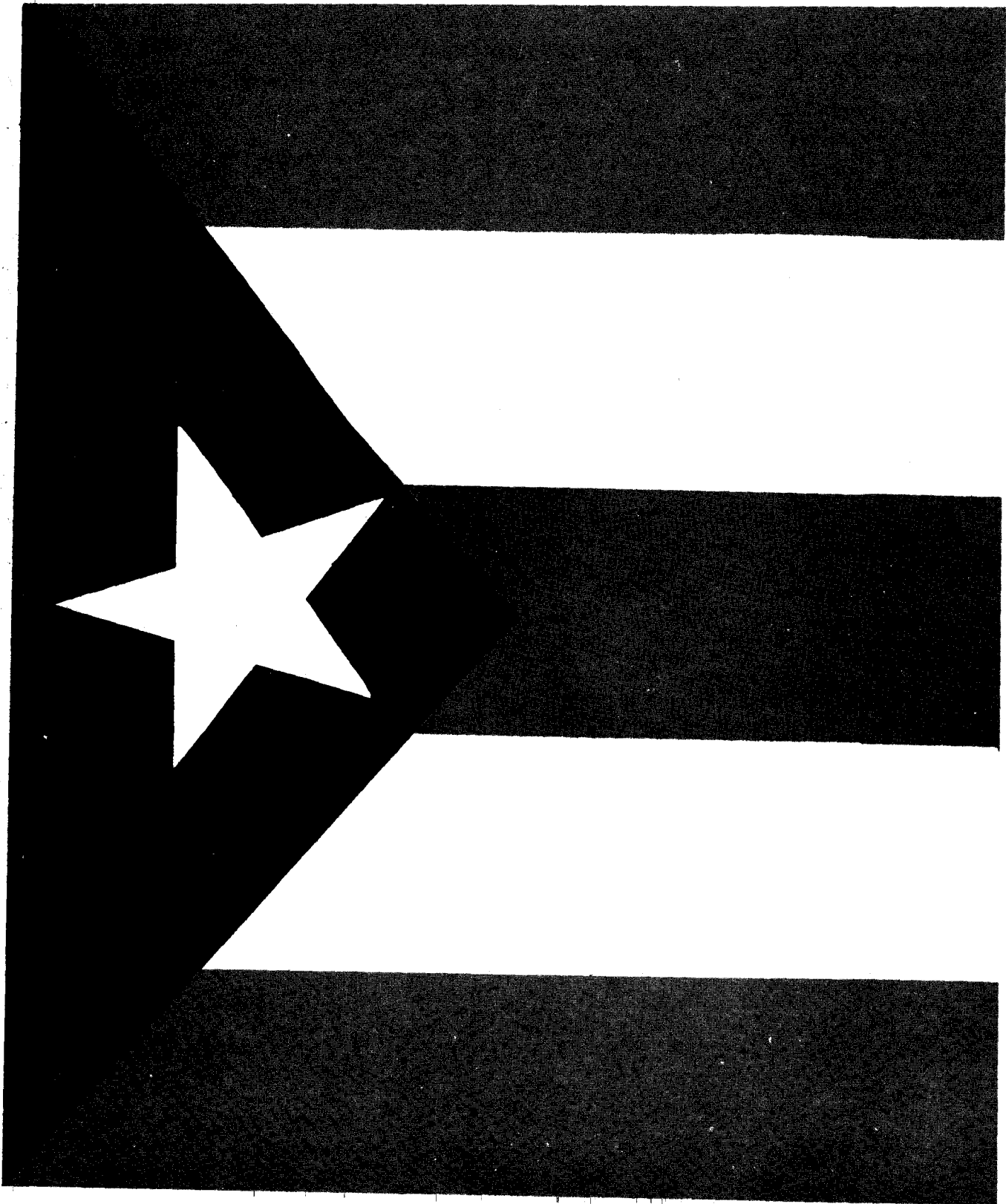
(6) La mitología presta sentido, sirve de trasfondo sobrehumano a la proeza del marqués de Velada. En una u otra forma la vida se aureoleaba de maravilloso. La Europa geográfica que admira al de Velada, es también la hermosa mujer arrebatada por Júpiter, transformado en toro (mentido, engañoso), al comienzo de las *Soledades de Góngora*, y aquí toro de verdad, celoso de la nombradía de que goza el marqués de Velada. Si éste, herido, vertió alguna sangre que ennobleció la arena tocada por ella, la lanza del Marqués y luego su espada aniquilaron el espíritu sanguinario del toro. «Lloró su muerte el Sol» —llovió durante aquella fiesta celebrada el 4 de mayo (*Obras de Góngora*, edic. de Millé y Giménez, p. 1155), el dios de la luz vertió lágrimas—; volvió a lucir el sol, y un segundo toro que con sus cuernos en media luna simbolizaba su esplendor, se disponía a tomar satisfacción de la muerte del primero. Pero el rey, que presidía la fiesta, mandó a Velada salir de la plaza, a fin de que no matara dos planetas en un día.

(7) Soneto 252, edic. Millé y Giménez.

(8) *Obras completas*, edic. Blecua, I, p. 262.

ANEXION Y PUERTORRIQUEÑIDAD ANEXION
ANEXION Y PUERTORRIQUEÑIDAD ANEXION
ANEXION Y PUERTORRIQUEÑIDAD ANEXION
ANEXION Y PUERTORRIQUEÑIDAD ANEXION
ANEXION Y PUERTORRIQUEÑIDAD ANEXION

Vicente Géigel Polanco



N Y PUERTORRIQUEÑIDAD ANEXION Y PU N Y PUERTORRIQUEÑIDAD ANEXION Y PU N Y PUERTORRIQUEÑIDAD ANEXION Y PU N Y PUERTORRIQUEÑIDAD ANEXION Y PU N Y PUERTORRIQUEÑIDAD ANEXION Y PU

Al destino colectivo de nuestro pueblo se plantean desde el 1898 —año del cambio de la soberanía de España sobre nuestro territorio a la de Estados Unidos de América— dos fórmulas políticas esenciales: la **anexión** a la gran República del Norte, como un Estado federado o como un territorio sujeto a la jurisdicción del Congreso y a la administración de Washington, bajo el nombre de “Estado Libre Asociado”, territorio incorporado o simple dependencia o posesión norteamericana y la **puertorriqueñidad**, como afirmación de su histórica, natural y típica formación de pueblo hispanoamericano, bajo una constitución de soberanía nacional, que consagre e instrumente nuestra independencia en términos de amistad y cooperación con el pueblo y el gobierno de Estados Unidos de América.

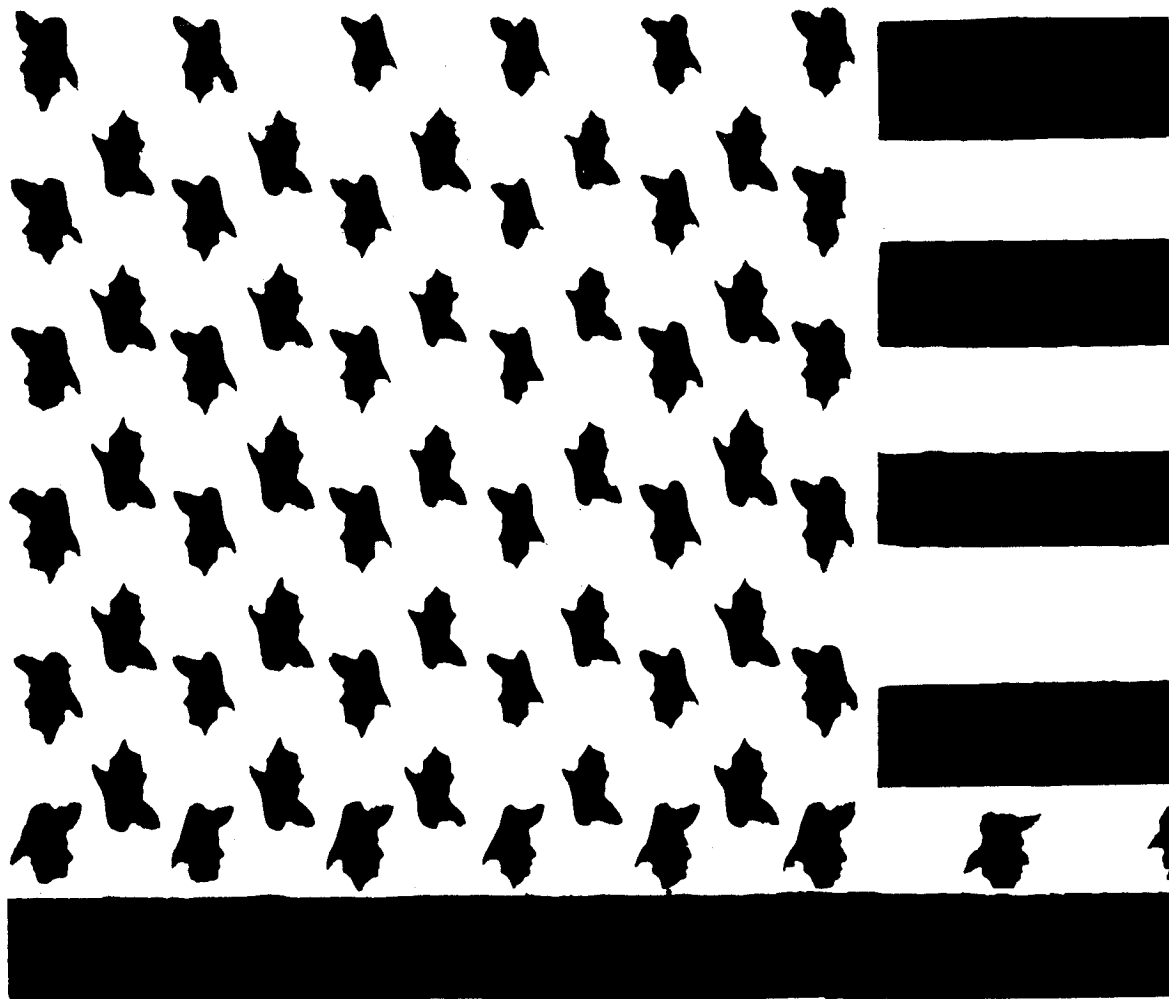
Estas dos fórmulas se han venido debatiendo en el foro de nuestras discusiones públicas y privadas y en la intimidad de la conciencia de los hijos de esta tierra durante los últimos setenta y un años, casi por tres cuartos de un siglo: tiempo sobrado para que las experiencias de nuestras relaciones con la vida, la cultura y la política de la nación interventora hayan surtido todos los efectos de que son capaces en nuestra realidad de pueblo. Al cabo del largo período, salvo las externas, mínimas e intrascendentes influencias en el uso de vocablos ingleses —natural consecuencia del crecimiento lógico de nuestro idioma nacional en contacto con la lengua de un gran país, que domina nuestro intercambio comercial y al que nos ligan temporales vínculos de ley, finanzas, educación, etc.—, el aprendizaje de técnicas bancarias, agrícolas e industriales y el desarrollo de un valioso espíritu de iniciativa individual, Puerto Rico conserva sus valores históricos de dinámicas potencialidades, enriquecidos, sin duda, con las corrientes de progreso material derivadas del Norte.

A raíz del cambio de soberanía (1898), el Gobierno de Estados Unidos propulsó un intenso y penetrante programa de norteamericanización de nuestro pueblo, con vastos recursos, bajo la dirección de sus funcionarios federales y con el concurso de numerosos puertorriqueños confundidos que, probablemente de buena fe en la mayoría de los casos, creyeron servir así me-

jor los intereses de su patria. El desplazamiento del español por la lengua inglesa, la mutación de nuestras costumbres y módulos de vida de nación hispanoamericana por otros de raigambre sajona, la relegación al olvido de nuestro pasado histórico con todos sus valores de original sustancia y vital crecimiento y su sustitución por acontecimientos, figuras y símbolos de importación, todos ajenos a nuestro entronque racial y la formación aquí de una nueva mentalidad colectiva en arquetipos de extranjera factura, figuran entre los objetivos básicos de ese programa de transculturación. La escuela pública, bajo completa supervisión norteamericana, fue el principal instrumento del programa.

Los setenta y un años transcurridos desde el comienzo de esta obra disolvente y su efecto en las cuatro o cinco generaciones que han recibido el impacto de esa política de mutilación y desfiguración cultural, proporcionan datos inequívocos sobre el fracaso ruidoso de la misma. Puerto Rico no pudo ser norteamericanizado. Subsiste al cabo del inhumano y antipedagógico intento, en sus líneas históricas y potencias creadoras de nación hispanoamericana. Es cierto que su economía ha sido intervenida sustancialmente por el capital norteamericano, que su comercio es un monopolio de productores y manufactureros del Norte, que sus finanzas están sujetas a la banca continental, que su vida gubernativa responde a instituciones e intervenciones yanquis bajo un abusivo régimen de inferioridad política. Pero el pueblo, la masa humana que integra la nacionalidad, se mantiene firme, intacta, vigorosa, alerta a su destino histórico, conservando sus ricas tradiciones, sus capacidades de crecimiento y su lengua nacional, con una valiosa y abundante producción literaria y artística, aferrada, como tabla de salvación, a su personalidad puertorriqueña, frente a todos los impactos extranjerizantes.

Las estadísticas electorales no son índice cierto del auténtico sentir de nuestro pueblo. En las elecciones coloniales, sin consecuencia política fundamental alguna, que suelen celebrarse aquí, una parte importante de la ciudadanía no acude a los comicios. La parte que concurre se fragmenta en los varios partidos que aspi-



"Plebiscito colonial"/Antonio Martorrell

ran a dominar el juego político y al disfrute del presupuesto colonial, siguiendo a los líderes de su preferencia, sin parar mientes en sus respectivas posiciones sobre el problema de nuestra soberanía nacional. Así, resulta que en las últimas elecciones generales celebradas en Puerto Rico en noviembre de 1968, dieron sus votos al Partido Nuevo Progresista, que preside don Luis A. Ferré, millares de ciudadanos que ni creen, ni comprenden, ni comulgan con la estadidad federada, pero que interesaban un cambio en el régimen de cacicazgo político de más de veinte años de don Luis Muñoz Marín.

De igual suerte, dieron sus votos al Partido Popular Democrático miles de ciudadanos que jamás han entendido lo que es el llamado "Estado Libre Asociado", convencidos de que no es la libertad ni la independencia anhelada por ellos alma adentro, ya que bajo un nombre artificioso resulta ser la misma estructura colonial que sufrimos desde el 1898, pero por lealtad a su caudillo de veintiocho años no le negaron el sufragio.

En el caso del Partido del Pueblo, presidido por don Roberto Sánchez Vilella, otros miles de ciudadanos depositaron sus votos como una protesta contra las prácticas antidemocráticas del jefe máximo del Partido Popular Democrático sin preocuparles en lo más mínimo

que en el programa del nuevo Partido, como un señuelo para ganar votos populares, se consigna el apoyo al titulado "Estado Libre Asociado", que la conciencia de los más repudia por vacío de contenido ideológico y derechos efectivos.

A pesar de los intentos de norteamericanización, de la división de la familia puertorriqueña en diversos partidos políticos a partir del año 1898 y de la política desorientadora de la escuela pública, los puertorriqueños, sin excepción, aman a su patria con profunda devoción, hablan su lengua nacional, cultivan en sus hogares y en la comunidad sus hermosas tradiciones, observan las virtudes cristianas que heredaron de sus mayores, responden a una filosofía de vida de altos valores espirituales y sienten el orgullo de su herencia cultural. Esta honda realidad, esta arraigada actitud de afirmación de lo propio, lo histórico, lo nativo, lo nacional, constituyen señal inequívoca de que la **puertorriqueñidad** ha triunfado en nuestro país.

La fórmula de la **anexión** a Estados Unidos de América, bajo la estadidad federada, el estado libre asociado o cualquier otro concepto de territorio, dependencia o posesión de inferioridad política, es y será irreconciliable con el sentimiento de **puertorriqueñidad** triunfante en la conciencia de nuestro pueblo.

La prehistoria asturiana del paleolítico superior

Magín
Berenguer

Asturias parece ser extremo de uno de los caminos señalizados por la cultura del hombre del Paleolítico superior, cultura que se derrama por el Mediodía francés y recorre la costa cantábrica, o viceversa. Quiere decirse que no sabemos ciertamente si este extremo asturiano es punto de diversión, o de término; o, también, receptáculo de evoluciones con rebote posterior más perfeccionado: orilla, borde costero, cuyos límites están sujetos al flujo y reflujo de las mareas culturales.

Asturias, país frondoso, rico en caza, con abundantes ríos rebosantes de peces y varios kilómetros de costa marisquera, es lógico que retuviera el elástico nomadismo del hombre primitivo —condicionado por las reservas de la Naturaleza—, al coincidir en esta región favorabilísimas circunstancias.

Es en la interesantísima etapa del Paleolítico superior, cuando se produce una importante evolución en los conocimientos del hombre. La industria lítica sufre una total renovación, llegándose en el Auriniaciense a la punta-hoja de Gravette; hojas de sílex alargadas y finas, desbastadas de una pieza matriz por golpe sumamente diestro, cuyos bordes eran retocados hasta darles forma y una gran efectividad ofensiva, al proporcionarles corte. Hojas-cuchillo para cortar madera; buriles para grabar y tallar, etcétera.

El Solutrense llega a una superación en el tallado de la piedra con innovaciones en las armas del cazador, que son cada vez más efectivas. Novedad es la punta en hoja de laurel, del Solutrense inferior, y la de sauce, finísima, del superior, así como la punta de aletas y pedunculada; utillaje ligero, de reducidas proporciones y fina talla, y, probablemente, auténticas flechas que nos darían ya, para entonces, el conocimiento del arco. Al Solutrense también se debe la aguja de ojo, para coser.

Asturias sobresale por la densidad de los hallazgos solutrenses, con relación al resto de la Península.

El solutrense da paso, en la costa septentrional española, al Magdaleniense, la etapa reina del Paleolítico superior. En este momento la industria lítica decae siendo sustituida parcialmente por un nuevo material: el hueso. Y hay arpones, y azagayas y propulsores de éstas, y cuchillos... El hueso quizá fue entonces, lo que el «plástico» es actualmente. La industria del hueso: facilidad de elaboración, resistencia, dureza, agresividad, ligereza. Una gran conquista y, pareja a ella, la «clásica» de la piedra que no podía ser borrada totalmente, porque había utillaje que seguía exigiéndola: raspadores y buriles, el socorrido raspador para desprender pieles, para alisar azagayas..., y el buril para seguir tallando y grabando en choque con otros materiales durísimos. Y, al lado, la aparición de una industria microlítica, novísima, que algunos llaman Epi-gravetiense, con supuestos inicios en el Gravetiense, pero que otros suponen, fundadamente, que no tienen conexión y que se trata de un nuevo matiz de esta etapa reina Magdaleniense, verdadera informadora no sólo del Norte peninsular, sino del derrame hacia el Levante, el Sur y Portugal, con una penetración eficaz a través de las mesetas. Mas sólo en el Cantábrico queda



superabundancia de restos que garantizan en esta zona, no sólo el establecimiento enraizado de esta cultura sino, también, su autosuperación.

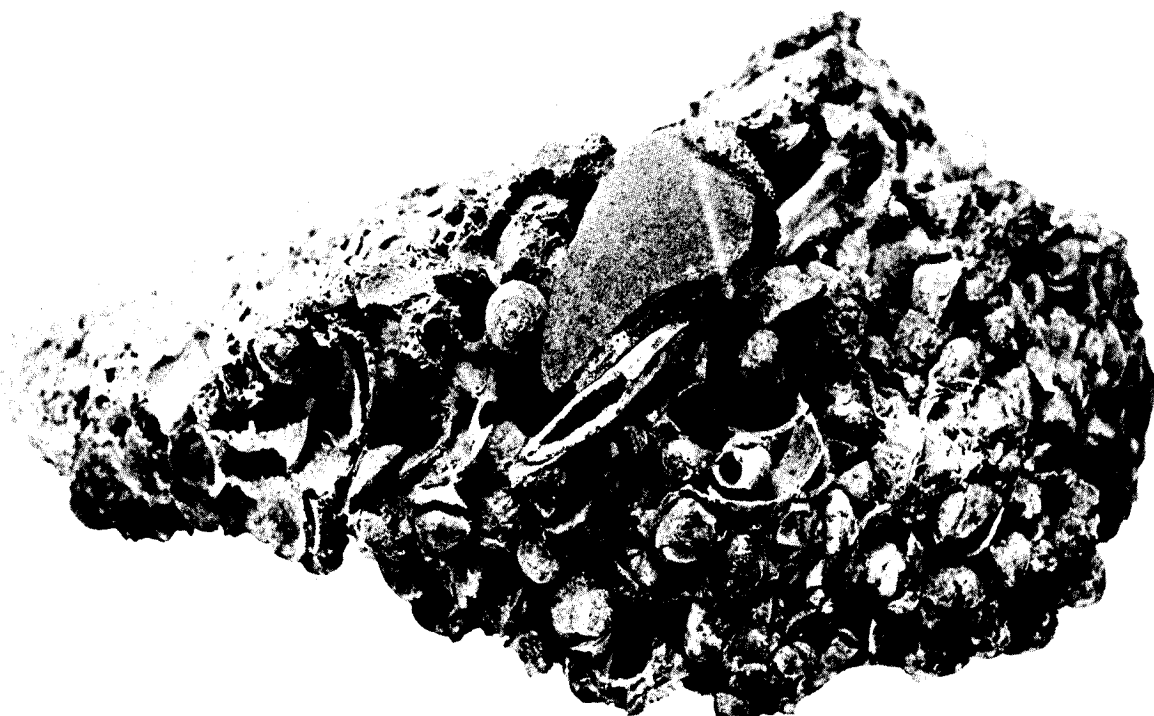
Probablemente influye decisivamente en las mutaciones del hombre del Paleolítico superior, un cambio de razas: aparece en él el hombre de Cro-Magnon e incluso se especula sobre la posibilidad de que, en el Auriniaciense, haya intervenido otro grupo étnico: el Perigordienne, de la raza Combe Capelle.

Cazador y pescador, porque la carne y el pescado siguen siendo su dieta, aunque al paio de sus excursiones cinegéticas recogiera frutas silvestres, hierbas, raíces y miel. Usa, con cierta formalidad estable y predilección, el abrigo de las cavernas, pero ciertos grabados rupestres nos dan a conocer que muy posiblemente también habitó en chozas, que al componerse de material corruptible madera, paja, etc.— no nos han legado restos.

Vestía pieles, cosidas entre sí con finas agujas de ojo y, además, se adornaba. Es numeroso el material que se conoce de esta clase de atuendo personal: dientes de animales perforados para usar de colgantes, hojas de hueso, hasta los restos de unos niños, nos revelan el adorno de conchas sobre una faldilla corta que vestían.

Vivían agrupados en pequeñas colectividades, reducidas en razón de los problemas jerárquicos y de reservas alimenticias, pero sí lo suficientemente numerosas, pues el hombre conocía su debilidad para enfrentarse por separado con los grandes peligros de toda índole que le rodeaban y de los que no estaría ausente la enfermedad que, en ocasiones diezmaría sus vidas. Estas circunstancias generan, como meta principal, el objetivo de la supervivencia. Se intuye, a través de las obras que nos legaron, que el alimento y la multiplicación de la especie constituyeron sus puntos obsesivos para lograr esa supervivencia. Así hemos llegado a conocer un gran número de pequeñas esculturas representando a la mujer; una mujer de formas robustas, exageradísimas que, evidentemente, dentro de su erotismo, pueden significar idolillos a la, o de la, fecundidad. Otras alusiones cargadas de simbología en los parietales de las cavernas o en las propias concreciones estalagmíticas y estalactíticas, inciden en ese común denominador obsesionante de la fecundidad, tan evidente y en uso, por otra parte, aún en regímenes sociales muy posteriores y ya plenamente históricos, donde la infecundidad de la mujer era mancha degradante.





Fragmento de conchero asturiense con un pico incrustado. (Museo Arqueológico de Oviedo).

El repertorio de estas representaciones, comprendidas todas ellas en el Paleolítico superior, abarca, en lo que atañe a la región cantábrica, especies animales: cérvidos, caballos, bisontes, elefantes, peces, jabalíes, etc., fauna común en esta región durante aquella etapa, aunque también en la temática hallemos dispuestas figuras que recogen manos humanas, antropomorfos y otras representaciones, escasas pero evidentes, ausentes de naturalismo; generalmente estilizaciones geométricas que, de una manera simbólica, pudieran representar cabañas, trampas, redes, etc.

La decisión y arranque, la valentía de mano en el planteamiento de estas composiciones parietales; su expresivo naturalismo despejado y sereno; su fidelidad y agudeza de visión, no exenta de una enorme personalidad, son evidentemente, contrasena del Arte occidental, que siempre se distinguió por su oposición a los amaneramientos y fórmulas convencionales —salvo en inevitables períodos de decadencia— y, pese a que otras culturas adelantadas y superiores se alzaron en el Este, en la Historia de la Humanidad, en Arte, en lo que tiene de sensible y creadora, siempre será el Occidente pionero y superior.

Hematites roja y parda, carbón vegetal y tierras naturales mezclados con médula y grasas animales, eran los pobres medios cromáticos. El grabado, a veces de trazo múltiple y fino y otras en surco único, más grueso y profundo, con frecuencia unido a la pintura constituían los restringidos medios de expresión, suficientes, eso sí, para legarnos verdaderas obras de arte que, en algunos aspectos, no han sido superadas.

Al fondo de la caverna, en plena oscuridad, alejados del abrigo exterior —generalmente la parte habitada por estar vinculada a una atmósfera limpia, con calor y luz solares— se hallan las muestras del arte rupestre. Hemos de imaginarnos al artista trabajando afanosamente, alumbrado por rudimentarias lámparas: cuencos for-

mados, quizá, por fragmentos de cráneo, atiborrados de grasa animal para alimentar primarias mechas fabricadas con alguna fibra vegetal.

Y así, espigando en el abundante material que nos proporciona la excavación metódica de los yacimientos, va conformándose una imagen del hombre del Paleolítico superior.

Aparte de ese abundante utillaje, que nos da a conocer los medios materiales de que se valía para subsistir, nos queda un reflejo de su carácter, de su sensibilidad; reflejo que llega a cobrar plena vigencia en las manifestaciones artísticas de pintura y grabado, que cubren los grandes parietales de algunas de las cavernas. Este tesoro, inestimable, nos da una visión del hombre prehistórico alejada de la frialdad museable, para convertirlo en un ser viviente, íntimamente ligado a nosotros, porque su Arte está más cerca de nuestros actuales conceptos estéticos que lo están el arte egipcio, o el chino, o el sirio.

¿Qué razones impulsaron al hombre para plasmar estas decoraciones? No hemos de pensar en simple recreo estético; no por falta de sensibilidad, ciertamente, que harta la oemuestra con sus obras. Pero si consideramos que estas formulaciones artísticas se hallan en la parte más recóndita de la caverna, en la parcela no habitada, queda claro que no se trataba de una aspiración suntuosa para el diario vivir. Por otra parte, muchas de las representaciones animalísticas figuran heridas, con el arma clavada en el costado, cerca del corazón. A veces hay unidos a ellas signos en forma de puntos, o de rayas, evidentemente simbólicos; en otras ocasiones las figuras fueron plasmadas sin cabeza. Esto lleva a la conclusión de que estas representaciones habrían de ser formuladas con un sentido mágico, algo así como realizar un «doble» del animal, lo que los etnólogos denominan «magia simpática», y con ello sustanciar una más probable captura, sistema que aún es practicado en los ritos mágicos de algunos pueblos primitivos.

Así, pues, cuando en nuestras visitas a los antros prehistóricos nos hallemos en la cola de los mismos, unas veces rematada en una gran sala (Caverna de Candamo), y otras en un simple ensanchamiento o en una normal prolongación de la galería; un poco del brazo de nuestra imaginación, hemos de sentirnos como incorporados a una gran asamblea mágico-religiosa, con sus protocolarias situaciones y un latido inquietante por la proyección de alargadas sombras y extraños y palpitantes efectos de la luz, llenos de vacilaciones, producidos por las primitivas lucernas. Y el clan de nuestros antiquísimos antepasados, reunido solemnemente, rodeado de tantos misterios naturales y aún más sugestionados por la escenografía que su propia fantasía y sensibilidad había preparado.

Asturias y Santander monopolizan lo más seleccionado de este período y sí, ciertamente el bagaje representativo de la cueva de Altamira, en Santander, es realmente espectacular, no es menos cierto que la calidad artística de algunos murales asturianos no es inferior, uniendo además a esta circunstancia el número, realmente elevado, de cavernas que ostentan muestras de primer orden. Y así, entre ellas, caben destacar las de Candamo, Pindal, el Buxu, Les Pedroses, La Loja, la más importante «Tito Bustillo» y la más discutida de Lledias.

El gran motor que ha movido al Arte a través de los tiempos, han sido las religiones, y aún en ese alborar de la Humanidad también ocurrió así.

De sus inquietudes mágico-religiosas conocemos también otras particularidades, como el culto a los cráneos, o la temerosa actitud ante la posibilidad de que los muertos retornaran a entorpecer la vida de los vivos, para lo cual, a veces, los cadáveres eran enterrados con ligaduras, sistema que se alternaba con el de aplicar enormes piedras sobre la cabeza, o los enterramientos con aquélla hacia abajo para que si el muerto trataba de salir, su dirección fuera hacia una mayor profundidad.

No solamente el arte parietal recoge las estupendas motivaciones del hombre del Paleolítico superior, sino que también en pequeñas piezas de hueso, marfil, asta, etc., ha dejado muestras de grabado y tallado.

El Solutrense y el Magdalenense, están íntimamente relacionados, formando «una» unidad evolutiva a lo largo de unos quince a veinte mil años, en la que resulta difícil establecer líneas de separación, excepto en la etapa final del Magdalenense, ya de un claro expresionismo, en la que se utiliza el sfumado de color y la fusión de las tintas, logrando una policromía más rica.

La región asturiana conserva un extraordinario patrimonio artístico, situado entre los mejores de todo el Paleolítico superior.

Tomado de:
Arte en Asturias
Editor Richard Grandio
Oviedo. 1969

AVE. RIO DEL CONSULADO

No. 715 (JACARANDAS)

DONDE USTED SERA MEJOR ATENDIDO

Especialidades industriales y herramientas de corte y precisión

TEL. 47-55-00

CON 10 LINEAS

APDO. POST. 42160

MEXICO 4, D. F.

OLLANTAY

¿DRAMA ESPAÑOL O INCAICO?

Por Guillermo Burneo Cardó

Ollántay, es sin duda alguna, una obra interesante. Ya lo afirma José María Arguedas; cuando dice, que la primera vez que se representó este drama en Buenos Aires, el teatro fue ocupado en su totalidad y los espectadores lo aplaudieron con vehemencia. Treinta años después de este suceso, todavía en Buenos Aires se guardaba fresca la memoria de su representación.

Mas, ahora se plantea el problema, ¿es Ollántay una obra auténticamente incaica?, o, ¿fue escrita en la Colonia con todas las características de obra española? Porras Barrenechea asegura que de todos los autores supuestos es el Padre Antonio Valdez el que más mérito tiene para ello, y José María Arguedas corrobora la ponencia de Porras aseverando que él tiene pruebas irrefutables —aunque hasta hoy no se conocen— de que Antonio Valdez es el autor y que en el Incanato no ha existido el género dramático ya que de haber sido cierto hubiera subsistido hasta nuestros días aunque sea un argumento simple de teatro. Posición que va en contra de Garcilaso de la Vega quien declara que no solamente se conoció el teatro en el tiempo prehispánico sino que este género era el predilecto de los Incas, los cuales lo cultivaban en los extensos patios palaciegos y grandes fortalezas, como se puede ver todavía en Sacsayhuamán (Cuzco) la pomposa fiesta religiosa del Inti Raymi.

De las dos hipótesis que han surgido respecto a la obra, la hipótesis hispanista presenta las siguientes razones: Ollántay fue escrito en tiempo de la Colonia porque:

- 1o.—La estructura técnico teatral es de las obras españolas del siglo XVIII.
- 2o.—El personaje Piqui Chaqui (servidor de Ollántay) es plagio del pícaro de las novelas de España.
- 3o.—El perdón, como rasgo generoso de Túpac Yupanqui.

Ultimamente he leído el drama y he podido constatar unos detalles más para asegurar esta hipótesis. Expondré algunos de ellos:

- 1o.—Ollántay exclama de su amada Ccusy Ccoyllur: "Ya te digo, Piqui Chaqui, que acometería a la

misma muerte con su guadaña. (El símbolo de la muerte representado por una mujer enlutada con una hoz en la mano, es de la cultura europea).

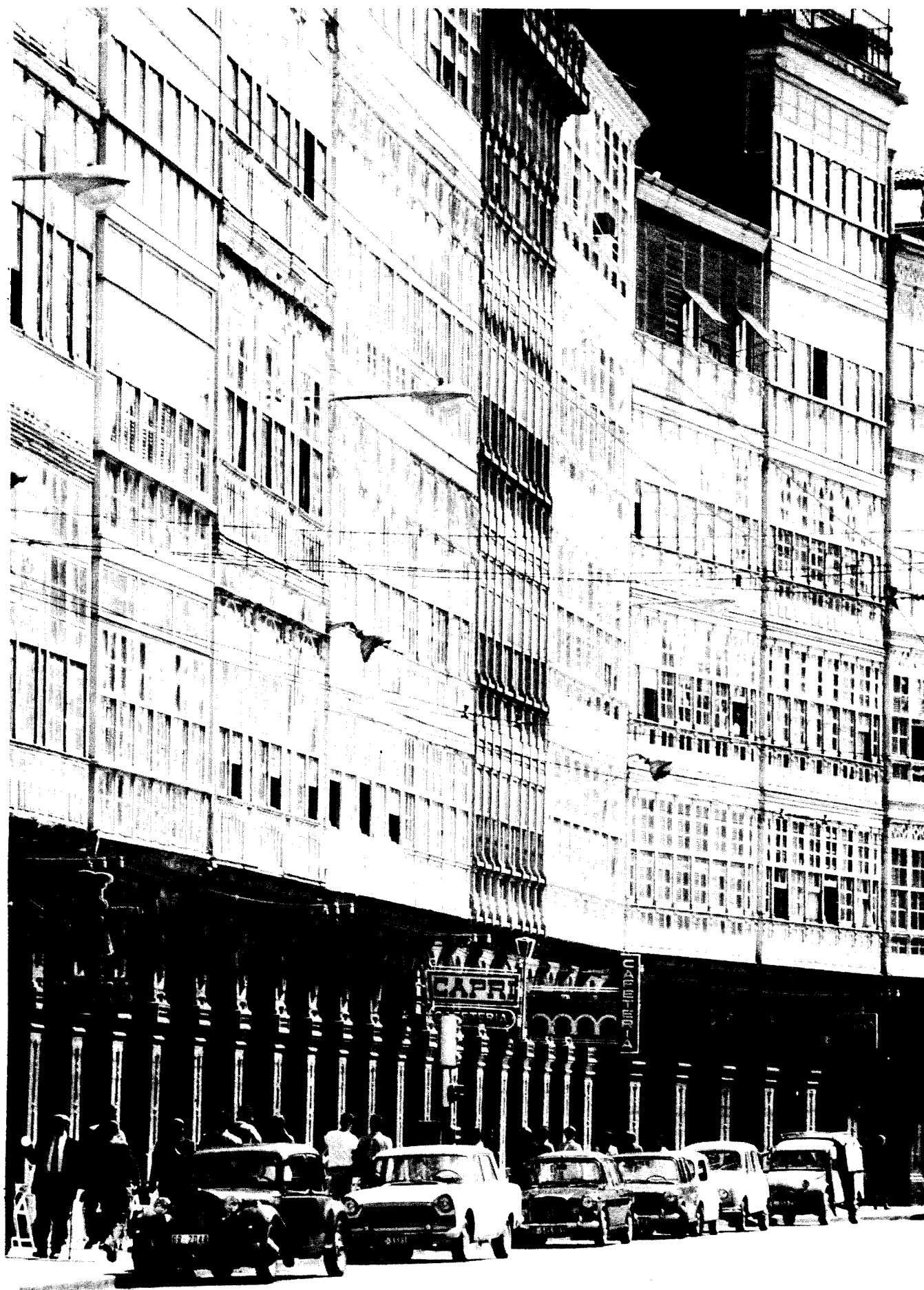
- 2o.—Ollántay a Piqui Chaqui: "Sal de aquí brujo, pues mi idolatrada Ccusy Ccoyllur **deslumbra al mismo sol con su hermosura**. Ella no tiene rival" (Llama la atención este recurso literario ya que Valcárcel asevera que existía tanto respeto y veneración al Inti que muchos sacrificios humanos se hicieron en su nombre).

- 3o.—Huillca Uma a Ollántay: "Mira, no hagas eso (seducir a Ccusy Ccoyllur) no cometa ese **crimen tu corazón**, aunque ella mucho te ame" (El corazón como símbolo del amor no es incaico).

- 4o.—Orcco Huaranca a Ollántay en la escena tercera, acto segundo: "... Llevando poca **coca** todos los pueblos tendrán descanso" (José Carlos Mariátegui, en Ideología y Política afirma que los Incas no conocieron la **coca**, que al indígena le enseñaron a chacchar los blancos en tiempos de la Colonia).

El escritor y profesor cuzqueño Yépez Miranda encontró últimamente en el valle de Urubamba, restos de la leyenda de las hazañas de Ollántay entre los indios, los cuales concuerdan en forma notable con el argumento. Por lo que dice Arguedas: "El hallazgo a que nos referimos puede constituir una prueba muy seria de que Ollántay existió de veras y que el argumento de la obra teatral escrito por el Padre Valdez fue tomado de una leyenda popular".

Es evidentemente lo más probable con respecto a esta obra. Por su expresión lingüística, estructura teatral y muchas otras razones Ollántay, el drama, es auténticamente español, pero basado eso sí, en una leyenda netamente incásica, por lo que podríamos decir, ya que posee los dos elementos, que es una obra "indo-hispana" o quechúa-española, como su peculiar personaje la hermosa ñusta Ccusy Ccoyllur en quien podemos distinguir claramente facetas tanto españolas como incaicas.



POR TIERRAS DE GALICIA

Por Jorge Raúl Garbarino

NORTE/61

En el andar que lleva por todas partes de España, la diversidad de paisajes pone ante las miradas motivaciones dispares y el color se da en cada región con matices propios, ora apagados, ora brillantes, siempre únicos.

Ahora, los caminos se visten con un aire distinto y de cualquier lugar parecen llegarse los ecos de la "muñeira". Estamos en tierras gallegas. —Pues sabrá usted— me decía un gallego mientras caminábamos entre los puestos de venta de la zona de El Berbés, que en Galicia, Vigo trabaja, Pontevedra descansa, Santiago reza y La Coruña se divierte.

Esta intencionada definición a la que son afectos desde luego los de Vigo, busca señalar, de un modo u otro, las características de cuatro centros de Galicia y si no es tan cierto que solo Vigo trabaja, si es exacto que el dicho lleva consigo la verdad de lo que anímicamente puede experimentar el viajero en cada uno de los puntos señalados.

El gran puerto de Galicia, moderno y dinámico, conserva sin embargo, sus viejos soportales de El Berbés, sus callejas empinadas en piedra, sus breves plazas, sus comercios con curiosidades y, en el puerto de pesca, el perfil inconfundible de las lanchas audaces, que dan a la ciudad la tónica de su proficua actividad.

Promediando el mediodía, se acentúa el clima de trabajo y las barcas descargan el producto de su andar por el mar, mientras nubes de gaviotas parecen querer venirse hasta los propios bolsillos de las chaquetas para picotear peces. Hay lanchas de Gijón, de Cambados, Vigos y otros lugares que concitan la atención de quienes van a comprar y discuten precios o mercaderías: caballas, navajas, rapés, atunes, sardinas, vieiras, nécoras, todo en cantidades increíbles.

Y mientras en los almacenes de puerto, mujeres y hombres limpian, cortan, hielan, encajonan los frutos del mar, en la calle del Príncipe los paseantes se suceden y la curiosidad lleva a los viajeros a irse por la calle de la Anguila, la de Peligros y otras, por las cuales, poco des-

pués, se dejará sentir un tufillo a pescado frito, acechador, incitante. Desde el Monte Castro se tiene una panorámica de la ciudad y, al otro lado de la bahía, Moaña, Cangas y El Con, muestran sus características de aldeas pescadoras dispersándose por las laderas de los cerros, entre sendas de tierra sinuosa, tras haber formado su centro a orillas del mar.

Las mejilloneras, semejando balsas en medio de las rías, ponen una nota curiosa.

Vigo es trabajo, pero en las rutas de Galicia hombres y mujeres se dan a arar la tierra, aprovechándola al máximo y es espectáculo común las plantaciones de maíz y los viñedos, que cubren de tonos morados grandes extensiones hacia lo alto.

Pontevedra, de tinte más apagado, ofrece en muchos momentos, a la vera de la ría, el andar descansado y acaso solitario, salvo en lugares como la Plaza principal o la Casa del Oliva. Más allá, la Casa Consistorial y el Paseo de la Alameda. Pueden verse las ruinas de Santo Domingo o seguirse plácidamente por la calle de la Barca. Pontevedra invita al mirar, descansando, sereno.

En el trayecto a Santiago de Compostela se van sucediendo lugares. Han quedado atrás Redondela de Galicia, Arcade y Puente Sampaio, histórico lugar donde Napoleón sufrió su primera derrota en España, después de haber invadido Portugal; los cerros, con senderos hechos piedra subiendo y bajando; Villagarcía de Arosa, Catoira, Padrón —¡cómo se siente vibrar el alma de Rosalía Castro al dejar éste, el pueblo de su vida!— y, como culminación de este andar, el espectáculo inigualable de Santiago de Compostela, todo granito, con sus calles con soportales y su Catedral de sobrecogedora grandeza, a la que se hace flaco favor describiéndola, porque hay que verla, que sentirla en la intensidad de su fe trascendente. No basta decir que es uno de los más hermosos ejemplares del arte romántico español; que su pórtico de la gloria, del siglo XII, es la más notable creación escultórica europea de este si-

glo, plena de fuerza expresiva y de singular naturalismo; que el barroquismo de su retablo mayor llena de curiosidad y asombro; no basta, repito, decir todo, hay que estar, apresar con el espíritu todo lo inasible pero cierto que se da ante nosotros cuando estamos en Santiago.

La ciudad muestra un andar de peregrinos, de religiosos, de estudiantes y aún así, en medio de esa animación, todo es quietud y sensación de paz mientras se recorren las calles de curiosos nombres: San Velazco de Ante Altares, las Huérfanas, de la Pescadera Vieja, del Azabachero, del Péjigo de Arriba, de la Tafona y tantas otras.

Cuando al caer la tarde se escucha el tañir de las campanas, todo adquiere en el aire un hálito de pureza y serenidad y el espectáculo desde el Paseo de la Herradura, desde el que se contempla verdeante el valle de la Mahía, es incomparable.

Ha comenzado a caer una llovizna fina y se han encendido los faroles. Con el correr de las horas, todo se hace fantasmal y sugestivo. Hay silencio y la ciudad entera parece estar orando. Al alejarme rumbo a La Coruña, recuerdo aquello que me dijeran en Vigo: "... Santiago reza...".

Llegar de noche a La Coruña es comprobar la verdad del aserto que la da como alegre y feliz. La parte nueva de la ciudad se deshace en luces en su calle Real, la de San Andrés, de la Galera, o a lo largo de los Cantones. Todo parece como despreocupado en este ámbito donde el lema reza que nadie es forastero y desde el borde de los jardines de Méndez Núñez, el mar comparte con su vida de rumor y silencio y hace suyo, el murmullo enamorado de las parejas abstraídas.

Durante el día, la ciudad en su parte vieja ofrece indudables atractivos y un recorrido a pie bordeando su puerto nos llevará al Castillo de San Antón y de allí al bello Jardín de San Carlos, donde la tumba del general Moore nos coloca también entre dos poemas: el de Rosalía Castro, en gallego y el de Charles Wolfe, en inglés.



La bahía se divisa en su dimensión más amplia desde las viejas murallas que bordean el jardín, en cuyo interior, largos bancos sombreados dan lugar al descanso y la plática, que como en toda España, es espontánea y generosa.

El puerto anida las actividades pesqueras, entre grandes navíos que anticipan rutas oceánicas.

El hijo de un guardia civil se convierte en mi compañero de caminata y guía a la vez, para hacerme llegar, después de unos tres kilómetros, hasta la Torre de Hércules, faro construido por los romanos y único en el mundo que aún continúa funcionando.

Tras algo así como 240 peldaños de piedra, en caracol, desde la cima de la Torre puede contemplarse el paisaje del mar en toda su formidable potencia, deshaciendo sus aguas contra masas rocosas. La visión desde la altura subyuga, a la vez que permite elegir el camino de regreso a la ciudad, tres kilómetros de andar y de ver, de sentir aferrándose a uno, en los decires, en las risas, en todo detalle, el espíritu magnífico del pueblo gallego, hecho de trabajo, de esfuerzo, de alegría, de fe.

Galicia me mostró después a la vieja Betanzos, a Pontedeume y El Ferrol, primer puerto militar de España y allí compartí la mesa y la sopera con patatas y fideos, pescado frito, el vino generoso que culminó en canciones, con obreros de los astilleros cercanos.

Nuevos caminos y paisaje renovado en verdes y amarillos hasta llegar a Orense, ciudad sutil y amable, hasta donde el ocio parece construir algo.

Ir hasta ella supone ya, en el trayecto, encontrar entre el río Miño, serranías y bellezas, vides y verde entre el azul. Altas cumbres lejanas y, tras de Sela, un ceñido monasterio entre las rocas. A nuestra vera el río deshaciéndose torrentoso, aquietándose al llegar a Orense para dividir la ciudad, a la que unen los puentes, de los que se destaca ese viejo de fundamentos romanos, reconstruido en el siglo XIII, con perfil gótico, de siete arcos. Uno, moderno, da más margen de leyenda a ese otro lleno de atractivos e historia.

Un recorrido por las calles nos permite llegar hasta la curiosa Catedral, de disímiles estilos; la Casa Consistorial, la Iglesia de Santa Eu-

femia, típica barroca y, en el recorrido, llegan las Burgas, fuentes termales, potables, mundialmente conocidas y uno de los más positivos motivos de atracción de Orense, donde se experimenta la sensación de un transcurrir de vida buena, donde nadie se preocupa de nadie y todos se preocupan de todos, entre campiñas virgilianas y plácidas vegas, rumorosas de verde.

Es así de feliz y tranquila esta "novia de Galicia" llamada Orense. Continúa, con cien partidas y otros tantos encuentros, este peregrinar por tierras gallegas, en donde las rías bajas son un paisaje de antología. Galicia íntegra, en sucesión de perspectivas ahitas de color, sirviendo de marco a un pueblo con hondos acentos humanos.

Cercana la medianoche abandono estas tierras rumbo a Castilla, llevando en las pupilas y en el alma este lugar único donde tierra, mar y hombre se unen en el esfuerzo cotidiano, para forjar con dignidad una existencia de acentos dulces, manos fuertes, corazones alegres y ojos al cielo.

MADERERIA

LAS SELVAS, S. A.

MADERAS

TRIPLAY, CELOTEX
FIBRACEL, MASONITE
DUELA PARA PISOS,
CAOBA, CEDRO ROJO,
OCOTE Y PRIMAVERA.

TELS.

22-23-22, 22-10-22 y 22-29-06
EMILIANO ZAPATA 124
MEXICO 1, D. F.

MADERERIA

CARDENAS

M. ALONSO Y CIA.



FERROCARRIL DE CINTURA 209
MEXICO 2, D. F.

TELS.

26-53-16 y 29-12-28

Este viajar continuo ...
Este recorrer caminos nuevos ...
Este ir y venir sin prisas y sin pausas ...
Este estrenar sueños en cada viaje ...
Este enterrar los sueños en cada retorno ...
Este cansancio eterno de no llegar ...
Y estas manos que no logran asirse ...
Y estas ansias que no son compartidas ...
Y estas pupilas tan llenas de paisajes ...
Y esta tristeza de no encontrar a nadie ...
Que me espere al regreso ...
Que me diga: "No partas ..."
Que viva mis ensueños ...
Que comparta mis ansias ...
Que mire mis pupilas tan llenas de paisajes ...
.....
Este viajar continuo ...
Este recorrer caminos nuevos ...

Dos Poemas de Zunilda Costábile

Nunca,
palabra que odié toda mi vida.
Nunca,
significado de soledad eterna.
Nunca,
muerte de mi más hermoso sueño.
Nunca ...
Nunca ...
 Porque ...
Nunca
 te formarás en mi seno.
Nunca
 sentiré en mi vientre
 el dulce peso de tu cuerpo.
Nunca
 sabré cómo será
 el color de tus ojos.
Nunca
 mis brazos te servirán de cuna.
Nunca
 conoceré el sabor de tus besos
 ni el suave calor de tus manitas.
Nunca
 Veré tu sonrisa de ángel
 ni acariciaré tu pelo.
Nunca
 hijo mío ...
Nunca ...
 serás mi hijo!

Versos libres

Elsa Baroni

Que eres ciudadano del mundo,
Me dices, joven.
Que no existen fronteras, razas ni credos.
Yo comparto tu idea
Y más, la empleo.
Ciudadana del mundo me siento
y quiero
Por eso a todos seres sobre la Tierra:
Hombres, niños, ancianos,
Niñas, mujeres,
Arboles y animales,
Flores y cerros,
Los bellos y los monstruos,
Todos los quiero.
Todo lo que es hermoso, por su hermosura.
Y porque es horroroso, lo contrahecho.
Amo el polvo do piso,
La piedra, el suelo.
Amo el canto del ave,
La luz del cielo.
La gloria de dormirse y estar despierto.
El llanto que a veces moja mi propia almohada.
El llanto que nunca he visto y que nunca seco.
La música que anima las guitarreadas,
El alud, los violines, las panderetas...
El pincel, pinte flores, rayas o cuerpos.
Al sabio que conquista los tecnicismos.
Al idiota babeando su propio pecho.
El parral del vecino
No me da fruta,
Sólo ensucia mi patio
Y también lo quiero.
Amo sus hojas verdes por que las miro.
Amo sus hojas secas, pues las entierro.
Y al vecino lo amo porque está vivo
Y a aquel otro lo amo porque es recuerdo.
Al hombre del que supe luchas y afanes.

Al que nunca he mirado
Y al que está muerto.
Quiero a todos los seres,
Son mis hermanos.
El lugar donde moran
y sus deseos.
Los colores que visten,
La col que siembran,
El sonido de voces que yo no entiendo.
Sus dolores, sus danzas,
Luchas, anhelos,
Van amasando un todo
Y también lo quiero...
Porque el hombre no es solo
Ni está en la nada,
Se une, forma familias
Y forma pueblos.
Y a los pueblos los amo
Porque son de hombres,
Porque tienen canciones, casas y perros.
Porque todo lo vivo forma la vida
Y porque también la forma lo que está muerto.
Y porque amo los hombres
Y amo los pueblos,
Me desangro en su sangre
Y su muerte muero
Y me alegro en su risa y en su alegría
Y me arrastro con ellos
Y en ellos vuelo,
No comprendo que un pueblo a otro pueblo pise,
No quiero que mi pueblo pise a otro pueblo.

Ciudadano del mundo soy y es por eso
Que al mundo entero lo amo y respeto.
No quiero que mi pueblo a otro pueblo pise,
Ni quiero que otro pueblo pise a mi pueblo.

Mil enlutadas

Manuel
Gutiérrez Najera

Descienden taciturnas las tristezas
al fondo de mi alma,
y entumecidas, haraposas, brujas,
con uñas negras
mi vida escarban.

De sangre es el color de sus pupilas,
de nieve son sus lágrimas,
hondo pavor me infunden..., yo las amo
por ser las solas
que me acompañan.

Aguárdolas ansioso, si el trabajo
de ellas me separa,
y búscalas en medio del bullicio,
y son constantes
y nunca tardan.

En las fiestas, a ratos se me pierden
o se ponen la máscara,
pero luego las hallo, y así dicen:
—¡Ven con nosotras!
Vamos a casa.

Suelen dejarme cuando, sonriendo,
mis pobres esperanzas
como enfermitas ya convalecientes
salen alegres
a la ventana.

Corridas huyen, pero vuelven luego
y por la puerta falsa
entran trayendo como nuevo huésped
alguna triste,
lívica hermana.

Abrese a recibir las la infinita
tiniebla de mi alma,
y van prendiendo en ella mis recuerdos
cual tristes cirios
de cera pálida.

Entre esas luces, rígido, tendido,
mi espíritu descansa;
y las tristezas, revolando en torno,
lentas salmodian,
rezan y cantan.

Escudriñando el húmedo aposento
rincones y covachas,
el escondrijo do guardé cuitado
todas mis culpas,
todas mis faltas,
y hurgando mudas, como hambrientas lobas,
las encuentran, las sacan,
y volviendo a mi lecho mortuario
me las enseñan
y dicen: Habla.

En lo profundo de mi ser bucean,
pescadores de lágrimas,
y vuelven mudas con las negras conchas
en donde brillan
gotas heladas.

A veces me revuelvo contra ellas
y las muerdo con rabia,
como la niña desvalida y mártir
muerde a la arpía
que la maltrata.

Pero en seguida, viéndose impotente,
mi cólera se aplaca.
¿Qué culpa tienen, pobres hijas mías,
si yo las hice
con sangre y alma?

Venid, tristezas de pupila turbia,
venid, mis enlutadas,
las que viajáis por la infinita sombra
donde está todo
lo que se ama.

Vosotras no engañáis; venid, tristezas,
oh, mis criaturas blancas
abandonadas por la madre impia,
tan embustera,
por la esperanza!

¡Venid y habladme de las cosas idas,
de las tumbas que callan,
de muertos buenos y de ingratos vivos...
Voy con vosotras,
vamos a casa.

Album íntimo

ESTUDIO

Adela Varela
de Curto

Al adentrarnos en la vida de esta fina poetisa, nos damos una idea de la idolatría con que veneró la imagen de un hombre.

**El fue del corazón divina esencia
cuando el alma nació al amor primero,
¡El dulce nombre del primer cariño!
¡El que pronuncié en el adiós postrero!**

Un hombre raro que no supo equilar el amor que esta mujer le profesaba:

**...escuchaba promesas de amor que no me hacía...
y así, lenta y calladamente, ciega y tenaz en
adorarle, llevándolo siempre en el sensorio
impreso... en un nublado de angustia secreta,
alentando en mi alma la esperanza...
le entregué para siempre mi corazón, verifiqué
con él mi eterno desposorio espiritual.**

Odio hubiera preferido Adela y no aquella amarga
indiferencia:

**Nunca ha de conmoverse
tu alma por la mía,
no hay nada que te acerque,
¡ni llanto ni dolor!
sólo encuentro en tus ojos
ese mirar sereno
de un corazón tranquilo
¡que no respira amor!**

Existe una fuerza poderosa que orilla a nuestra poetisa a amar sin ser amada, a ser despreciada, rechazada, y sus poemas son defensas que hace su amor propio contra ese sino desgraciado que la atormenta:

**¡No lo esperes ya más; corazón mío!
pues aunque más lo esperes, no ha de amarte!
ni palabras de amor va a murmurarte.
Así lo quiso tu destino impío.**

¿Quedará como una interrogación la primera infancia de esta sensible mujer? ¿O en sus versos simbólicos se descifra su pasado?

**Caminando por las calles solitarias
va la mozuela virgen
las ropas desgarradas,
los labios secos, el semblante triste;
en sus morenas carnes flageladas
han quedado violáceos verdugones
que le deja una madre sin entrañas.**

¿No fue también esta mozuela rechazada, despreciada, malquerida? ¿Acaso tenía sed en sus labios, pero de comprensión?

Más tarde la sed se apaga cuando la miel de las ideas y las palabras de lágrimas son vertidas por el corazón de esta notable mujer que aprendió a gozar sufriendo en su tierna infancia, y cuando ya mujer amó, amó también sufriendo.

**Después de tantos años
transcurridos llegué hasta él... olvidé mi
dignidad, mi decoro de mujer, no podía
esperar más ¡había pasado toda una vida...!
(...) Quería tener
el consuelo que ambicionamos los seres que
entregamos el alma por toda una eternidad...**

**Cómo te haría sufrir si yo pudiera
cuando ante mí te viera sollozando
como me viste tú, la vez primera.**

Más todo es inútil, los intentos de escape sólo sumen a Adela en una mayor desesperación.

**¡No me guardes rencor; yo te lo ruego!
No me sepultes más en el olvido...
¡Ayúdame a cargar la cruz que llevo!
¡Quiéreme...! aun cuando sea como un amigo.**

Pasan los años y se calman las pasiones, más esta mujer en sus recuerdos demuestra que el suyo es un amor hasta la muerte.

**En vano en mis horas
de tristes recuerdos, te quiero ahuyentar,
te nombra mi labio, el alma te adora,
¡no puedo, no puedo dejarte de amar!**

Adela nos confiesa que nunca pudo controlar sus impulsos inconscientes; algo había dentro de ella que mandaba en sus actos:

"...nunca he podido ejercer una disciplina en mi imaginación y prohibirle el acoger la idea que ha perseguido".

Y reconoce, que esos impulsos inconscientes la han llevado por el camino del fracaso:

"Esta realidad atroz ha contribuido al desastre de mi vida sin que nadie se haya dado cuenta del esfuerzo que hago para ocultar la verdad".

Pero, si el sentimiento erótico es un impulso inconsciente ¿qué acaso gozaba esta mujer al ser rechazada? ¿Qué significa? cuando dice:

Y mi sufrir será alegría ¡porque sufro por él!

¿Por qué se enamoró de un hombre que le prometió amistad, no amor?

**Cuando a ti me acerqué como un mendigo,
cuando a ti me acerqué como el sediento,
"nunca seré de ti más que un amigo"
¡con crueldad me dijiste y duro acento!**

Sinfonía en colores

ESTUDIO

Aparte de todos los sobados ditirambos que en forma rutinaria se suelen decir de los poetas, encuentro en Arroyo un profundo sentimiento de dolor hacia su patria, cuantimás que la suya está en proceso de ser absorbida económicamente.

Los poetas por lo general suelen tener una gran capacidad para sufrir, y Arroyo no es la excepción porque al darse a sí mismo y a sus lectores algo que quizá le faltó alguna vez en su corazón, se está defendiendo, está protestando:

**Cornucopia de voces infinitas
estas páginas son para el que adora
de gusto empalagarse en la sonora
miel de abeja abundante de mis cuitas...**

Este darse a sí mismo abundante miel de abeja lo hace a través del:

Suave instrumento mi palabra tiene...

O sea las palabras sustituyen al líquido meloso y le sirven:

para alcanzar alturas de infinito

Pero así como se pierde la miel de la inocencia para convertirse en el calostro de la realidad, también la palabra está en peligro de perderse para siempre.

¡Qué pobre tu palabra...!

¡Qué triste tu palabra...!

¡Qué tiene tu palabra

que ya no es tu palabra...!

Angel Manuel Arroyo

Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde, dice el refrán, y en este verso perdido es cuando comprende uno los verdaderos valores:

**Esta palabra mia castellana
pudo salir de España ha muchos siglos...**

Arroyo primero aprendió a sufrir, después a cantar sus cuitas. Su verso es explícito y sale de los más recónditos parajes de su inconsciente:

**De sus lácteos pezones sufrí el asma
del que beodo de amor, en el placer,
la tóxica cicuta ha de beber
en el ánfora roja de su plasma**

El poeta se extasía en su propio sufrimiento y canta sufriendo la pérdida de su patria, como cuando trocó la miel por la cicuta de las circunstancias.

Al vate lo envuelve una enorme figura, que es la que motiva sus actos y sus sufrimientos:

**Madre y patria por siempre van unidas
porque forman las dos el signo austero
de infinita ecuación en nuestras vidas**

Con esta figura se adaptó a sufrir nuestro poeta, porque el hombre en esta vida hasta a eso se adapta. Y ese adaptarse es gustar en el sufrimiento, erotizarlo. Este libidinizar el displacer es quizá la última reserva que le queda al amor propio para no morir de pena junto a la patria perdida.

¡Mas a esa patria tuya a la que "quiere todo un pueblo de castellana estirpe", tu amado Puerto Rico, es un David que lleva en la mano una honda hecha con seis mil años de cultura mediterránea!

Manantial

Jacinto López Gorge

MANANTIAL que en el monte, limpio,
fluyes
y al compás de los campos te recreas
en tu propio fluir, cuando deseas
un sueño de alto mar que no
concluyes;

manantial escondido, que construyes
serenamente tu manar, que ideas
la vida a cada instante, que alboreas
el ancho río donde te diluyes;

manantial que, a la orilla de la
aurora,
brotas al aire inevitablemente
con rumores de lluvia bienhechora;

¿qué otro destino tienes más urgente
sino es el de nacer a cada hora
y alimentar al río eternamente?

Aquellas palabras son como una celda

José Jiménez

Tu limpio recuerdo
¡qué escalofrío
en la loca ventana
cubierta de polvo!

Tu alegre recuerdo
¡qué juego
en mi labio reseco
de gotas dispersas!

Tu pleno recuerdo
¡qué eterna
llovizna suave
que apenas me deja
salir de mí mismo!

Capricho

Miguel A. Luque

A modo de un vampiro legendario,
quisiera, en brazos de la noche
oscura,
abandonar la estrecha sepultura
envuelto en negro y fantasmal
sudario.

Lechuzas en el viejo campanario
vierán pasar mi tétrica figura
lanzando al aire, en rígida postura,
su canto indescifrable y funerario.

Llegar hasta tu lecho, donde el bello
blancor del cuerpo queda sumergido
bajo el rubio esplendor de tu cabello.

Y allí, lascivo, interrumpir tu calma
y al compás de tu histérico gemido,
morder tus labios y beberte el alma.

Las palabras

A Alejandro Busuioceanu

I

Las palabras me invitan de hora.
Las palabras me llaman con sus
llamas.

Las palabras que vuelan día y noche
sobre la multitud con rabo sórdido.
Esas palabras, las de todo hombre.
Esas palabras entre las mujeres.
Palabras que se arrastran y pululan.
Palabras que arden y que van
despacio

sobre las cosas removiendo el
légamo,
quebrando cimas y asumiendo
estrofas.

Esas palabras vírgenes o ardientes,
palabras de ángel y de signos ebrios,
unas veces oscuras y otras blancas,
epifánicas, órficas o píticas,
siempre libres hollando la vorágine.
¿Qué son esas palomas, esos rubios
dedos del verbo que se empujan
fieles

a sí mismos, al fondo y al sonido,
al reflejo del vasto acoplamiento
de seres y de cosas y de ideas,
y de dolores y de planes lóbregos,
con fauces grandes y con picos
breves,

con impolutos labios melódicos,
con infinitos remolinos y aires
calientes, esas líquidas materias
de entendimiento en el silencio
caídas.

II

Las palabras de amor siempre
triviales,
las de dolor con un profundo centro,
aquellas que hablan solas y se
esconden

de la mirada, del conflicto unánime:
crudas, tristes, insólitas, furtivas,
codiciosas, sinónimas de sueño,
parecidas a rastros ya fundidos
en el espacio que aún eterno vibra.
Las palabras de orgullo, las cerradas
y amarillentas piezas del escándalo,
humos son. catedrales destruidas,
sutiles sombras del ocioso mundo,
escombros del espíritu, mareas
que agonizan al fin color de espuma.
Esas palabras de hambre y de
martirio,

Carlos
Edmundo
de Ory

todas van hacia abajo y hacia arriba.
hojas de una garganta y nada dentro.
Aquí las nombro, regias como
escudos,
colgando como andrajos de esa
almena
siempre humana del hombre y de su
boca.

III

Ellas vienen a mí, tibias, palpables,
raíces cosidas a la luz de un símbolo,
hechas plata de abismo y de misterio,
hechas oro de místico aparejo,
hechas hierro de lenguas

sempiternas,
hechas coral de costas imposibles,
hechas carbón de vívidos destellos,
hechas miel, hechas brasas, hechas
cobre,
hechas caricias de abundante ritmo,
hechas comba estelar, hechas
cenizas.

Las palabras son labios homogéneos
de dioses mudos que trasudan sonos,
son meollos livianos, lumbres
próceres,
raros cisnes de fuego que transmiten
huevos también de fuego, cisnes
suaves,
aves suaves, lluvias, hilos, llaves,
secretos que se posan lentos. líricos,
en las celestes fibras del poeta.

IV

Aquí bajan y el papel ya muerden
con temblor de morir vueltas al suelo
de donde habían fabricado esencias,
vueltas al fondo de la seca tumba
donde tembló su hueso primigenio.
¡Papeles blancos! Tumbas del poema.
¡Papeles misteriosos! Tumbas,
tumbas,
paredes mudas que abarcáis sonantes
superficies de letras oficiosas,
letras y letras, carros suculentos
por hormigas armónicas guiados,
y por moscas de máximos valores,
y por sirenas que se llaman frases,
lazos del pensamiento entre
murciélagos.

Tumbas y fosas sois, limpios papeles,
de las palabras con cabellos sueltos,
de las palabras de estiradas piernas,
de las palabras de ubres agostadas
y ojos de muerto y labios espectrales.

¿A qué venis, danzando sin embargo,
para encontraros con la plena noche,
con las fuentes del fin, lloradas
ninfas,
melancólicos pájaros del cielo?
No puedo contemplaros si no os toco
y os hago engendro de mi pacto
opaco,
y os hago nave del instinto rítmico,
conducto de mi sangre transitoria,
voz del cuerno de caza que en el
mundo
utilizo en las vísperas del canto.

V

Canto palabras, las palabras suenan.
Canto palabras, las palabras brotan.
Canto palabras, las palabras manan.
Suenan como perdidas en el viento.
Brotan como animales delicados.
Manan como regatos indecisos.
Y yo las nazco con mis pensamientos.
Las palabras llegaban de improviso
y se arrojaban en su cesta pura
como frutos maduros y estallaban.
y entonces preparadas, zumo a zumo,
yo las hería con voraz mordisco,
para apagar la sola sed del canto.
Llegaban solas, traídas por demonios,
y brotaban de pozos, de cisternas
casi infernales, o de vagos lagos
donde hubieran nadado en pos del
tiempo.

Primero las oía, luego veíalas
cruzar gigantes como nubes que ur-
den

la tempestad, y en aguas recogidas
se iban secando en la poesía helada.

VI

La poesía es un vuelo de palabras
tibiamente enlazadas al sentido
y al son mago del vívido prestigio
de ese sentido irracional, ilógico,
poético tan sólo, y sin sosiego.
¡Oh la poesía es sólo un labio oscuro!
que así mismo se alumbra y justifica,
y reposa en la imagen de la imagen,
y es imagen de un dios sobredivino,
y de una bestia esférica, inmolada.
como un pez es el símbolo de Cristo.
La poesía es palabra tras palabra,
palabra muerta con palabra viva,
palabra que arde y flota eternamente
hasta que muere en la matriz del
vuelo,

y muere para arder debajo de ella,
y para ser resucitada un día,
por hombres, por un hombre, por el
poeta.

VII

Palabras que el poeta hurtó del árbol
del dulce verbo celestial, divinas.
Que el poeta mamó divinas siempre,
del silencio purísimo engendradas.
En las noches divinas las palabras
de las estrellas las robó el poeta.
Palabras que sembró divinas siempre
en su camino de dolor el poeta.
Ahora nacen, fructíferas, se alojan
en la cabeza y van a iluminarse.
Ahora se rompe la palabra, tímida,
que trae consigo certidumbres
fónicas.

Ahora se rompen y en belleza fulgen
como acentos cargados de
inminencias,
como pulpas de olor ligero y cálido.
como una rosa convertida en música,
como un tesoro de perlada orgía.
y hace irreal el juicio que la indujo,
y hace del pensamiento que la atrajo
una cadena pura del lenguaje,
que ata y desata legendarias voces,
remedos y expresiones de otros
astros,

de planetas y etéreos laberintos,
donde la voz no vive y sólo vive
la palabra mortal, madre del canto.
(Madrid, 1949)

Un poema de Leopoldo de Samaniego

Mora y cristiana

Eres mitad cristiana y mitad mora:
si rezas a Jesús, eres cristiana,
pero si abres, furtiva, la ventana
el ajimez tu pensamiento añora.

Eres cristiana, a fuer de ser señora
y eres mora, si escuchas la fontana
que con su chorro de cristal desgrana
la canción que te aduerme y enamora.

Llevas entre sus senos de paloma,
la cruz de Cristo trabajada en oro,
que la caricia de tu tez, aroma.

Y cuando vas al templo en la mañana,
quien te mire rezando junto al coro,
mirará cómo reza una sultana.

LOS LEMAS Y LAS PAMPIROLADAS

Por Emilio Marín Pérez

Hace años, no muchos, estaba desatado el prurito de llevar en las maletas el marchamo de los hoteles. Las empresas hoteleras habían encontrado en la confección de las etiquetas publicitarias un medio barato y cómodo de hacer su "artículo". Eran anuncios de una propaganda todavía no demasiado sofisticada, hechos a la buena de Dios, sin laboratorio, combinando con más o menos gusto dibujos, colorines, adverbios y adjetivos.

Y los viajeros, pues, habían hallado con esto un medio de justificar su nomadismo. Viste bien eso de hacerse el trotamundos. Admitido el hecho de que los viajes dan cultura todos hacemos una mueca de admiración y de envidia cuando un señor nos larga en su charla, como el que no quiere la cosa, algo así como: "Porque, verán ustedes, estando yo en la Patagonia..."

El viajero pretendía oír entre la concurrencia frases estimulantes: "Pues no es nada lo que ha debido rodar este tío por el mundo adelante..." Y esto aliviaba bastante la servidumbre de su desastrado movilismo; la angustia recóndita de saberse perpetuamente en el camino, de tener que dormir cada noche en una yacija distinta.

Lo de los marchamos era una simbiosis publicitaria tácita, una mutua complacencia etiquetera.

No podemos asegurar que el viajero solicitara en ningún caso que el "mozo" le pusiera en sitio preferente la correspondiente etiqueta, pero estamos por asegurar que cuando salía del hotel, rumbo a otro paradero, echaba una mirada complaciente al nuevo "parche" que había venido a enriquecer el variopinto muestrario propagandístico de su petate.

Hoy las etiquetas han saltado de los maletines al vehículo utilitario. Y la empresa no es ya el hotel sino el pueblo o la comarca donde el hotel se enclava. Ahora el fenómeno del turismo desbordó la facultad propagandística de la fonda o del parador, al tiempo que le quitó "gas" a las ínfulas del viajero.

Ahora hace el "artículo" ambiciosamente el pueblo entero para re-

querir la atención de la humana "marabunta" de un mundo en permanente trasiego.

Antes los viajeros de comercio, los negociantes, eran los exclusivos recomendadores de las "costas" y de las "playas". Hoy son los coches los que se encargan de hacer las recomendaciones; los coches de todos, preferiblemente los coches de los que antes andaban a pie.

Hay que invitar a los demás a que vean lo nuestro; hay que recomendar a los demás que le den un vistazo a lo que nosotros ya vimos.

"¡Asturias, que guapina yes!", "¡Andalucía, tierra de la sal y del sol!", "Ferrol; playas, marisco y sol", "Galicia, la tierra meiga", "El que quiera saber que venga a Salamanca", "Pa achisparse como Dios manda, la Rioja"...

Hay para todos los gustos.

La semilla ha cundido de un modo alarmante; cada pueblo tiene su recomendación qué hacer, por cualquier villorrio se va al cielo.

Por si fuera poco en cada lugar ha surgido algún establecimiento moderno cuya existencia él ha creído conveniente comunicarnos. Sabemos que funcionan con más o menos regularidad "El Crepúsculo", "La cueva de los lagartos pintos", "El alcavaran rojo", "El Murciélago viudo" y otros establecimientos como los mencionados.

Si usted no estuvo en todos o en algunos de estos sitios no sabe en realidad cómo es la vida de la juventud hoy por hoy, cómo se divierten ellos y ellas, cómo bailan y cómo "ligan".

El verbo ligar, entre paréntesis, es un verbo nuevo para una situación nueva. Antes los noviazgos tenían indefectiblemente sus anticipaciones, sus escarceos, sus fintas. Ahora el matrimonio, el noviazgo o lo que sea, va siempre precedido de toda una teoría de "ligamentos". "Ligar" es cosa distinta a todo lo que antiguamente pudiera parecersele. La "liga" es un mariposeo sin compromisos.

Pero con lo de este paréntesis nos estamos en realidad saliendo de la tangente.

Volvamos a lo nuestro, a lo de los

letreros.

Los clubs nocturnos, las "boites" equívocas, elegantemente escandalosas, tienen sus letreros para que los clientes los pongan en sitio visible. Son unos anuncios muy "monos"; detonantes, agresivos; subyugantes, si ustedes quieren. Llevan, por ejemplo, en primer término un buho con los ojos estrábicos, o un murciélago que nos guiña un ojo pícaro, o un demonio que tiene cara de buena persona. Y luego el título en caracteres gruesos y si acaso la mención del pueblo, si es que hace falta, porque puede ser más famosa la "boite" que el propio lugar donde se halla.

Un coche, con todos estos compromisos, es un muestrario de avisos y de recomendaciones capaz de eclipsar la valija del mismísimo judío errante redivivo. Los tripulantes del vehículo vienen a quedar envueltos en proclamas y letreros. El coche es un anuncio andante.

"Como mi pueblo, Villanueva del Pardillo, no hay dos", "Pase usted el fin de semana en La Cloaca", "Necesito chica bien para no pasar el domingo mal", "Oye, guapa, mi teléfono es el 33056".

Aquí en mi pueblo también hicieron un "slogan". Ya no hay pueblo sin "slogan". Como no hay ninguno tampoco que no ostente a la entrada y a la salida, en la carretera, alguna gentileza verbal. Podría parecer que todo el mundo está dispuesto a hacernos la vida amable.

Y en mi pueblo no hizo falta que se reuniera la comisión local de turismo e iniciativas para buscar una frase "sacramental". Lo hicieron por la vía más popular y democrática. Se convocó un concurso, con sus premios y todo, y el día de la fiesta mayor se hicieron públicas desde el palco de la música las propuestas.

La salvación de un pueblo puede estar en eso del "slogan".

Mi pueblo es muy bonito, eso que no me lo discuta nadie. Pero de una belleza difusa e inaprehensible. Se queda uno absorto cuando se descubre a lo lejos y luego parece que no da uno de cerca con sus encantos.

Está el mar a los pies de su caserío, un mar domesticado y quieto,

el de la bahía de Ferrol. A la orilla también de esta laguna de plata están los astilleros con su profusa teoría de grúas, gradas, diques y talleres; con su afán y su ruido supuesto o perceptible.

Por el lado de tierra está amparado por los pinares espesos y rumorosos, con todo el prestigio acogedor y clásico de las coníferas.

Mi Fene está entre dos recomendaciones; el campo y el mar.

Lejos se ven las montañas azules que ocultan el Atlántico bravío.

Y desperdigadas, distribuidas con una anarquía mágica, las casas. Parece un Belén fantástico y anacrónico de unos niños multimillonarios.

El viajero se para un momento a verlo y luego levanta el vuelo, su vuelo rastreado. Y se lleva un poco del encanto del pueblo en los ojos alucinados.

Convendría, dicen, que el viajero se detuviera más, que echara una parrufada con nosotros. Por eso había que hacer un "slogan". Para que el nombre de nuestro Fene estuviera siempre en el candelero. Para que el nombre del pueblo lo llevaran los coches propios y los ajenos por el mundo adelante.

Alguno creía que el concurso iba a quedar desierto. Pero cá, hubo una cosecha de frases casi tan grande como la de patatas. Docenas y docenas de frases fueron aportadas por docenas y docenas de concursantes. Un patriotismo más o menos delirante hizo echar a andar la imaginación de los feneses. El jurado se las vio y se las deseó para escoger la más brillante, la más expresiva, la más eufónica, la más bonita. Pero todas eran buenas, todas eran en conjunto un maravilloso "bouquet" de piropos.

¡Fene, a ti no hay quien te moje la oreja!

Pero el entusiasmo general por este garrido concurso se vio turbado por la actitud de D. Benigno; un hombre representativo cien por cien, un componente conspicuo de las llamadas fuerzas vivas.

No quiso aprobar el concurso. Gritó, gestionó, rogó, hizo todo lo que pudo para que no hubiera lemas. ¡Cómo sudó señores, para torpedearlo!

Prometió incluso conceder a la comisión de fiestas, si no se llevaba adelante lo del "slogan", una fuerte subvención para hacer más lucidos los festejos. Pagaba lo que fuera, una batalla de flores, un valioso trofeo para el montaje de un torneo deportivo o una traca casi inacabable.

Y lo malo fue que D. Benigno perdió la porfía, aunque quizás tuviera razón, porque él decía:

"Que cuando se prodiga eso de las reinas, de las guapas o de las "mises" las encuentra uno ya hasta en la sopa. Y se pone la organización de estas pantomimas de un merengue que da náuseas..."

"Que la mitad o algo más de las recomendaciones turísticas huelen a ficticio, a guardarropa, a convencionalismo..."

"Que el buen paño es verdad que ya no se vende en el arca, pero nosotros lo tenemos en la carretera para que lo vea todo el que pase, si quiere echarle un ojo. Pero que por lo demás no nos interesan los turistas. Y si vienen que vengan, pero sin derecho a bonificaciones en los hoteles ni a recibimientos con músicas celestiales..."

"Que lo bueno ahora es que nos apartemos del papanatismo reinante, haciendo algo que no hagan los demás..."

"Que ahorita lo que busca la gente sensata es un sitio donde no haya playas de moda, ni temperatura ideal, ni paisajes fantásticos, ni monasterios cistercienses. La gente de criterio anda buscando un sitio para descansar, donde no haya guías ni bocinazos; un sitio para poder hacer tranquilamente las digestiones, y donde pueda uno curarse de prisas y de malos humos..."

"Que Fene no necesita lema. Y si acaso sólo uno; esas cinco palabras que acabamos de decir".

¿No tendría razón D. Benigno con sus escrúpulos y su intolerancia?